

Travaux de l'Institut Français
d'Études Andines

ARQUEOLOGÍA DE LA COSTA DE ANCASH

Editado por

Miłosz Giersz ♦ Iván Ghezzi



ANDES

Boletín del Centro de Estudios Precolombinos
de la Universidad de Varsovia



CENTRO
DE ESTUDIOS
PRECOLOMBINOS



IFEA

Nº 8

Varsovia-Lima 2011

La guerra y la paz en el valle de Culebras: hacia una arqueología de fronteras

Krzysztof Makowski, Miłosz Giersz
y Patrycja Prządka-Giersz

A juzgar por los resultados de prospecciones y excavaciones sistemáticas, el valle de Culebras llegó a formar parte sucesivamente de varios mini sistemas-mundo antes de la conquista incaica. La investigación ha aportado evidencias novedosas al debate sobre las características de los estados Moche del Sur y las razones de su expansión, sobre la cronología y la modalidad de la conquista de la costa norte por parte del hipotético imperio Huari, y sobre las fronteras meridionales del reino Chimor.

Judging by the results of systematic surveys and excavations, the Culebras Valley became part of different mini world-systems before the Inca conquest. The research sheds a new light on the characteristics of the Southern Moche state and the reasons for its expansion, and the chronology and model of the conquest of the north coast by the hypothetical Huari Empire, as well as on the southern frontier of the Chimor kingdom.

Las investigaciones de las fronteras y las zonas limítrofes poseen gran importancia para el entendimiento de las sociedades complejas. Esas áreas, alejadas de sus núcleos culturales, frecuentemente se convierten en el escenario de intensa interacción sociopolítica y difusión cultural (Elton 1996; Lattimore 1940, 1962). En términos generales, las fronteras se definen como líneas imaginarias que se trazan en los confines de una entidad política, y que la separan de la o las entidades vecinas o áreas despobladas, delimitando así el territorio en el que se ejerce el poder. Las fronteras pueden estar constituidas por elementos del terreno de difícil acceso (mares, lagos, ríos, montañas, etc.) o enmarcadas en la superficie por construcciones de función defensiva (por ejemplo la Gran Muralla de China o la muralla de Adriano en Northumbria, en el Reino Unido).

Krzysztof Makowski ■ Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades; correo-e: kmakows@pucp.edu.pe

Miłosz Giersz ■ Universidad de Varsovia, Instituto de Arqueología y Centro de Estudios Precolombinos, ul. Krakowskie Przedmieście 26/28, 00-927 Varsovia; correo-e: mgiersz@uw.edu.pl

Patrycja Prządka-Giersz ■ Universidad de Varsovia, Instituto de Estudios Interdisciplinarios "Artes Liberales" y Centro de Estudios Precolombinos, ul. Krakowskie Przedmieście 26/28, 00-927 Varsovia; correo-e: p.przadka@uw.edu.pl

Como lo han demostrado varios estudios sobre las fronteras culturales en los Andes durante las épocas prehispánicas, sobre todo las fronteras del Tawantinsuyu (Bauer 1992; Combes y Saignes 1991; D'Altroy 1994 2002; Dillehay y Gordon 1998; Hyslop 1990; Malpass 1993; Salomon 1986; Patterson 1986, 1987; Schjellerup 1997; Pärssinen y Siiriainen 2003; entre otros), en el ámbito andino, el concepto de la frontera no necesariamente comparte las mismas características. No existen claras demarcaciones fronterizas comparables con los ejemplos del Viejo Mundo y Asia. Sin embargo, existen casos comprobados de las fronteras fortificadas en tiempos prehispánicos, sobretodo en el límite oriental del Tawantinsuyu como es el caso de la frontera con Chiriguano (Combes y Saignes 1991; D'Altroy 1994 Hyslop 1990; Pärssinen y Siiriainen 2003; véase también los relatos de Cobo (1964 [1653]) y Sarmiento de Gamboa 1942 ([1572])). En general, las fronteras en los Andes prehispánicos eran más culturales que militares. La ideología religiosa cumplía un papel significativo en la demarcación de las tierras, basta recordar el sistema incaico de los *ceques* (Bauer 1992; Rowe 1979; Ziólkowski 1997; Zuidema 1964) o el alcance territorial del poder de las *huacas* del Tawantinsuyu (Demarest 1981; Szemiński 1987; Ziólkowski 1997; entre otros). Otro aspecto del mismo problema son los conceptos andinos de la frontera, el límite y la zona limítrofe, existentes en el pensamiento indígena del pasado, y la polivalencia semántica de esos términos, referidos a la frontera (*saywa*) y límite (*tincuy pura*, *ticci*).

Desde el punto de vista metodológico, existen varios instrumentos para abordar el tema del estudio de las fronteras y las zonas limítrofes. En los últimos 20 años se nota un fuerte impacto de la *teoría de sistema-mundo* (*world-system theory*) en el campo de la arqueología y la prehistoria. Esta teoría, planteada originalmente por Immanuel Wallerstein (1974), y diseñada para el modelo del mundo capitalista, ofrece instrumentos especialmente aplicables a este tipo de estudio.

El sistema-mundo capitalista, según Wallerstein (1974, 1990, 1991, 1992), no es homogéneo en términos culturales, políticos y económicos. Es un mundo lleno de conflictos que se mantiene en un estado de tensión permanente. Está caracterizado por profundas diferencias en el desarrollo cultural, acumulación del poder político y capital. Estas diferencias se manifiestan en una división duradera del mundo en un núcleo (*core*), la semi-periferia (*semi-periphery*) y la periferia (*periphery*).

A raíz de las polémicas acerca la validez de las propuestas del sociólogo norteamericano para el estudio de las sociedades complejas precapitalistas, se originaron varias modificaciones de la teoría original (Blanton y Feinman 1984; Chase-Dunn y Hall 1997; Kardulias y Hall 2008; Peregrine 1999; Schortmann y Urban 1999; Wallerstein 1990, 1991, 1992; entre otros). Las modificaciones más impor-

tantes conciernen al carácter de las relaciones entre el estado y el imperio por un lado y el sistema-mundo por el otro. En primera instancia, el modelo se aplicaría también a las sociedades pre-estatales puesto que cualquier sociedad requiere de bienes e informaciones procedentes de las áreas que no puede controlar directamente, lo que impulsa las redes de interdependencia (Chase-Dunn y Hall 1997; Peregrine 1999). En segunda instancia, conforme con los postulados de Wolf (1982) los sistemas-mundo pueden desarrollarse a partir de varios centros coetáneos y conexos. Algunos de ellos tienen características de ciudades-estado.

En su versión adaptada al estadio precapitalista, el sistema-mundo se refiere a entidades políticas y socioeconómicas que por definición abarcan no solamente grandes territorios, sino también una serie de sistemas sociales interrelacionados que muchas veces constituyen civilizaciones. La estructura más importante –aunque ciertamente no la única– que mantuvo unificada a las antiguas sociedades complejas fue el intercambio (a través del comercio, el tributo y la entrega de regalos) de recursos básicos o escasos. El carácter y la intensidad de estas relaciones son los que definen a un sistema-mundo, no los aspectos específicos de la organización cultural (Williams y Weigand 2004). En tal teoría, la periferia facilita la materia prima al (los) núcleo (s), mientras que este (os) último (s) domina (n) todo el territorio y controla (n) el mercado (o la redistribución de los bienes), las guerras, los enlaces entre diferentes linajes de elites y el intercambio de ideas e informaciones (Chase-Dunn y Hall 1997:28; Trigger 1989:332).

Las aplicaciones recientes de la teoría del sistema-mundo a las sociedades complejas precapitalistas demuestran que, en este caso, la división entre el núcleo y la periferia no es perentoria, pues en lugar de la centralización del poder en el núcleo, tan característico para el sistema-mundo capitalista, nos enfrentamos al problema de la ausencia de una fuerte jerarquización entre los diferentes elementos de la estructura, o la presencia de más de un núcleo (Chase-Dunn y Hall 1997:28; Smith y Berdan 2000). En su adaptación de la teoría del sistema-mundo a las sociedades precapitalistas Chase-Dunn y Hall (1997:28) subrayan que el intercambio de bienes, la guerra, los matrimonios y el intercambio de ideas e información son cruciales para la reproducción de la compleja estructura interna formada por varios elementos e influyen, de forma decisiva, en los procesos que se ejecutan en las estructuras a nivel local. Los mismos autores diferencian cuatro niveles de redes de enlaces, basadas en los siguientes factores de interacción: 1) intercambio de bienes básicos; 2) intercambio de bienes escasos, de cierto prestigio; 3) interacciones políticas y militares; 4) intercambio de información.

El sistema-mundo puede fundamentarse en todos esos niveles de interacción, que en la práctica funcionan mutuamente e integran el sistema. A consecuencia de

tal definición del sistema-mundo, los cambios sociales y culturales en las periferias lejanas y zonas limítrofes se deben explicar por la intensificación de intercambios e interacciones.

No obstante, la teoría de sistema-mundo no ha sido aceptada por todos los que estudian las sociedades complejas precapitalistas. En la literatura del tema, encontramos una vasta crítica de la aplicación de ideas de Wallerstein a este campo de investigación (Blanton y Feinman 1984; Edens 1992; Lightfoot y Martínez 1995; Schortman y Urban 1999; Schneider 1977; Stein 1999; Urban y Schortman 1992; entre otros).

La teoría de sistema-mundo, en sus recientes formas modificadas, ha sido aplicada a las diferentes culturas prehistóricas del mundo. Para dar un ejemplo, basta recordar los trabajos de Modelski y Thompson (1999) acerca de las migraciones desde las zonas rurales hacia los centros urbanos en Asia y Europa, entre 4000 a.C. y 1500 d.C., o los estudios de Wells (1999) sobre el intercambio de bienes en el Imperio Romano. En el caso de las culturas prehispánicas del Nuevo Mundo, el concepto del sistema-mundo ha sido inicialmente aplicado en América del Norte y Mesoamérica (Blanton y Feinman 1984; Kepecs y Kohl 2003; Peregrine 1999; Smith y Berdan 2000; entre otros).

En el área centroandina, en cambio, la aplicación de la teoría de Wallerstein no goza de mucha popularidad y se limita principalmente al imperio Inca (Kuznar 1999; Stanish 1997), o algunas culturas preincaicas usadas a manera de ejemplos en los estudios comparativos (Fagan 1999; Lemmen y Wirtz 2003; La Lone 1994). A pesar de eso, en la literatura sobre las culturas prehispánicas centro-andinas existe una larga discusión acerca del surgimiento de la civilización, la formación del estado y el problema de la urbanización (Collier 1955; Hass et al. 1987; Isbell 1988; Lumbreras 1986; Makowski 2008d; Schaedel 1978, 1980; Shady 2003; Shimada 1994; entre otros). Estas polémicas se desprendían, en muchos casos, de los planteamientos ya clásicos de Childe (1954) y Carneiro (1970).

En su trabajo sobre Mesoamérica, Blanton y Feinman (1984) observaron que el intercambio a larga distancia de bienes de lujo, destinados exclusivamente para los miembros de la elite, en general, tenía fuertes implicaciones a nivel político y económico. Obviamente, ese intercambio no se puede explicar por la simple aspiración a tener acceso a bienes exóticos de prestigio por parte de grupos minoritarios de estatus alto. El prestigio y el estatus de una cierta región y sus elites se fundamentaban en el grado de habilidad de manipulación del flujo de recursos (bienes básicos y escasos), energía (mano de obra) y servicios (artesanos especializados) a una escala macroregional mediante el control de las redes de reciprocidad. Este modelo

suele ser muy dinámico y permite ver y analizar el problema del estrés y la rivalidad entre las unidades sociopolíticas dentro los núcleos (*cores*), y entre estos últimos y las zonas periféricas (Blanton y Feinman 1984:674). Algo semejante, según nuestra opinión, sucedía con las sociedades prehispánicas complejas de la costa norte del Perú, por lo menos desde el Horizonte Temprano.

Siguiendo las pautas de Chase-Dunn y Hall (1997:43), el proceso de desarrollo de las sociedades sedentarias en el área centro-andina a partir de fines del IV milenio a.C. puede ser entendido como una paulatina integración que comprende avances, a veces bruscos, pero también retrocesos (Makowski 2010b, 2012). Esta integración continúa hasta el presente sin haber logrado abolir diferencias, a veces abismales, entre las áreas nucleares de desarrollo, las semi-periferias y las periferias. Con la integración en sucesivos sistemas-mundo algunas áreas nucleares de desarrollo han colapsado emergiendo otras. En la época prehispánica, las épocas definidas por Rowe (1962) como horizontes pueden interpretarse desde la perspectiva discutida como épocas de integración acelerada, las que se inician y terminan con crisis de reestructuración política, debido a la presión desde las periferias hacia las zonas nucleares. Hay un consenso general el cual sugiere que la integración nortesur tomó particular fuerza durante el Horizonte Medio (600-1000 d.C.), anticipando las exitosas conquistas incas. Es también materia de consenso que los fenómenos culturales como Moche, Cajamarca, Recuay, Chimú y Lambayeque corresponden a fenómenos de integración a nivel local o subregional, a pesar de que las opiniones acerca del carácter preciso de las instituciones políticas y económicas, y el grado de centralización del poder, son muy divergentes (por ejemplo el caso Moche: Makowski 2010a). Los intereses de sus elites podían en unos casos coincidir con los intereses de las elites del sur (Huari), y en otros casos probablemente eran contradictorios lo que incentivaba conflictos bélicos.

Dadas las limitaciones de transporte marítimo y terrestre a través de caravanas de llamas (*Lama glama*), siendo las vías fluviales prácticamente inexistentes, los intercambios de materias primas preciadas pero de poco peso, de preformas (verbigracia obsidiana), así como de productos finales terminados, en particular vestidos, jugaron el papel primordial para entender la formación de los sistemas-mundo en los Andes Centrales. Los intercambios de productos a granel (por ejemplo maíz o sal) tuvieron el papel menos relevante debido a las dificultades de transporte. Se necesitó de la infraestructura imperial –la obra de la administración inca– para remediar en parte estas limitaciones. Dada la importancia del trueque (o de control directo de varios pisos a manera de archipiélago; véase Murra 1972; entre otros) entre una multitud de pisos y zonas ecológicas, distantes entre sí no mucho más de un día a pie a través del desierto, las relaciones de parentesco consanguíneo

El carácter de la guerra en los Andes. ¿Guerra ritual o guerra de conquista?

La pregunta que acabamos de mencionar en el subtítulo está latente en las polémicas que se desataron desde los influyentes artículos de Topic y Topic (1987, 1997a, 1997b) hasta los recientes aportes de Arkush y Stanish (2005). Es una polémica que por cierto no atañe solo al mundo moche. El mismo problema se presenta en todas las partes de los Andes centrales y en todas las épocas para las que tenemos evidencias de violencia organizada. El aspecto que no está atendido, creemos, con el énfasis suficiente por la mayoría de los estudiosos en este debate es la relación entre la tecnología, la dimensión económica de la producción del armamento y del mantenimiento del guerrero, por un lado, y las características del enfrentamiento bélico por el otro. Estas variables repercuten necesariamente en la manera como la violencia institucionalizada se refleja en las evidencias materiales: el tipo y la existencia misma de las fortificaciones, las huellas en los campos de batallas, las lesiones registradas por la bioantropología, e incluso la imagen del conflicto que eventualmente aparece en la iconografía. Los estudiosos que toman en cuenta la dimensión tecnológica en sus estudios sobre la violencia institucionalizada, como Topic y Topic (1987) y D'Altroy (1994), suelen oponer el mundo andino a otros casos de la prehistoria e historia de sociedades preindustriales, y lo hacen enfatizando las particularidades de la cosmovisión andina. Si bien compartimos con estos autores la idea de que el mundo andino tiene varios rasgos particulares, creemos que las características de la violencia organizada y del conflicto bélico en los Andes guardan similitudes significativas con los casos registrados en otras partes del mundo. La distinción entre "batalla ritual" (*ritual battle*) y "guerra real" (*real war*) (Arkush y Stanish 2005:16), si bien correcta, no ayuda a poner en relieve estas similitudes y diferencias. Proponemos en su lugar hacer la distinción entre los ritos de preparación del guerrero que incluyen a menudo al combate o el duelo (este último tan bien conocido de las gestas medievales), la guerra en la que ambos adversarios siguen estrictas reglas normadas por las creencias religiosas (la guerra ritualizada; véase Ziólkowski 1997), y la guerra total. En esta última casi todo está permitido para lograr la derrota del enemigo, más allá del honor, del *ethos* guerrero y de la moral, a pesar de que la razón de las conquistas puede respaldarse con argumentos religiosos. Cabe resaltar que tanto la guerra ritualizada en nuestra definición, como la total, son guerras de conquista y defensa, e implican muertes y lesiones masivas.

Por la guerra total entendemos estas formas de operaciones bélicas en las que la existencia de armas de alto alcance, del armamento uniforme y sofisticado, ofensivo y defensivo, hacen primar en la contienda las estrategias en el manejo de cuerpos de ejército, debidamente adiestrados aunque no siempre profesionales, sobre la pericia, la valentía y la fuerza individual de cada uno de los combatientes. La astucia

y la sorpresa sustituyen las reglas religiosas y el código del honor. El combate entre guerreros más fuertes –el mismo que a veces es un duelo entre dos– ya no decide sobre el resultado de la batalla, como ocurre a menudo en la guerra ritualizada.

La guerra total tanto en la antigüedad como en los tiempos modernos suele surgir condicionada por el desarrollo tecnológico. Nuevas armas hacen sustituir la fuerza individual por la eficiencia de cuerpos de ejército, que manifiesta su capacidad de diezmar al enemigo a distancia con proyectiles y gracias a estrategias ingeniosas. Su aparición pone fin a la vigencia del *ethos* guerrero y de sus valores centrales, a saber, el coraje, la audacia y la destreza individual en el manejo de las armas. Por supuesto desaparecen también a la larga los condicionamientos que vinculan el estatus del miembro de una elite aristocrática, la que a menudo se constituye en clase dominante, con la exitosa carrera del individuo como guerrero/caballero (Andrzejewski 2003 [1954]; Chaniótis y Ducrey 2002; Hamblin 2006).

Aspectos tecnológicos y económicos de la guerra en el mundo moche

Una breve revisión de las fuentes arqueológicas entre artefactos e imágenes basta para concluir que el armamento y las fortificaciones moches no guardan significativas diferencias con las que se observan en la época inca. A pesar de esta relativa sofisticación, todas las armas están concebidas para poner a prueba la fortaleza y el coraje de un combatiente individual que se enfrenta en el duelo mano a mano con el otro armado de manera similar. Las representaciones de combate y las características de fortificaciones conocidas sugieren que en el campo de batalla se alternaban dos formas de enfrentamiento, una que contemplaba el uso de proyectiles y la contienda cuerpo a cuerpo. En el caso de los proyectiles se trata por supuesto de flechas propulsadas con estólicas y eventualmente cantos rodados enviados al aire con hondas. En el enfrentamiento cuerpo a cuerpo se lucha con porras. Los guerreros de alto rango usaban porras estrelladas de cobre cuyo mango terminaba en punta revestida del mismo metal. El armamento defensivo, salvo escudos, es casi inexistente. Como bien lo observó Lechtman (1984, 1996) las aplicaciones de metal cumplen con un papel decorativo, enfatizando la posición social del guerrero. Hay indudables diferencias y de peso en cuanto al contexto tecnológico y socio-económico de esta clase de armamento y las sofisticadas armas que se relacionan con el advenimiento de la guerra total en la antigüedad, la que por cierto no logró eclipsar del todo las reglas de la guerra ritualizada. Basta recordar al respecto el *ethos* del hoplita espartano (Chaniótis y Ducrey 2002). Entre los descubrimientos tecnológicos anteriores al uso generalizado de la pólvora a fines de la Edad Media, los que han sentado bases para diferentes formas de la guerra total, podemos enumerar:

- Espada de bronce, casco y formas de coraza de metal desde el fin del IV milenio a.C. en Mesopotamia.
- Carro de batalla que evoluciona notablemente con el uso de caballo como animal de tracción desde los inicios del II milenio a.C.
- Máquinas de asedio de uso generalizado desde el II milenio a.C.
- Arco, en particular el arco reflexivo, y la ballesta, decisivas para la contienda durante la Edad Media.
- Estribo cuyo uso desde el siglo III d.C. ha convertido a la caballería pesada y ligera en un arma de mayor importancia táctica que la infantería.

Las nuevas tecnologías de guerra (Carman y Harding 1999; Hamblin 2006; McDermott 2006; Rice et al. 2003; Trigger 2003) que cambian el rumbo de la historia en el Mediterráneo Oriental, en Asia y posteriormente también en Europa romana y medieval se sustentan en redes comerciales a larga distancia. Estas redes funcionan además dentro de la economía de mercado de unos de los más extensos sistemas-mundo de sus épocas respectivas. Por la sofisticación tecnológica, y por el uso de las materias primas o productos exóticos y la gran cantidad de tiempo social invertido, el armamento completo de un guerrero o un soldado es muy caro. Lo financia directamente el estado o el costo se traslada a las comunidades que sostienen al guerrero de elite en sistemas socio-económicos similares en muchos aspectos al régimen señorial del feudalismo europeo, por ejemplo Siria y Anatolia en el Bronce Medio y Tardío (Moorey 1986).

Si comparamos el armamento arriba enumerado con el armamento andino resultan evidentes las diferencias no solo en el campo de tácticas y de estrategias de combate sino también las diferencias del orden político y social. Salvo el caso de puntas y cuchillos de obsidiana, el armamento andino fue producido por los guerreros mismos, o por especialistas locales, verbigracia, puntas líticas o porras vaciadas de cobre. Todos los hombres desde la edad determinada por los ritos de iniciación hasta la vejez podían y debían participar en la guerra, así como en las actividades ceremoniales relacionadas con la preparación para el conflicto. La posición social del individuo –según toda probabilidad– dependía en buen grado de su suerte en la guerra. Las características que acabamos de esbozar se desprenden de la comparación de las escenas rituales en la frondosa iconografía moche con las informaciones etnohistóricas (Hocquenghem 1978, 1987; Makowski 1996, 1997; Quilter 2002).

La formación de las sociedades guerreras

Los resultados de las investigaciones recientes confirman la validez de la hipótesis de Collier (1955) y de otros investigadores (Wilson 1988, 1995) quienes planteaban que el surgimiento de una sociedad guerrera marcó el fin de la época chavín en la costa y en la sierra de los Andes Centrales y de hecho precedió el fenómeno Moche en la costa norte. La aparición de armas en los contextos funerarios en los últimos siglos de la era pasada es al parecer universal y precede a la difusión de las imágenes de guerreros y duelos. Las principales evidencias del cambio provienen de los contextos funerarios relacionados con los estilos cerámicos parcialmente emparentados por el uso ocasional de la pintura blanca sobre la superficie roja o marrón de los cuales Salinar-Puerto Moorin en la costa, y Huarás así como Layzón en la sierra, son los más conocidos. Desafortunadamente pocos lugares de entierro de esta fase quedaron preservados de la codicia de huaqueros. Menos aún han sido sistemáticamente excavados. Una de las pocas excepciones son nuestras excavaciones en Tablada de Lurín. Un 18 por ciento de los entierros masculinos contiene porras y/o estólicas (Makowski 2009a). Excepcionalmente se representa a los guerreros con armas, o hombres con tocados muy parecidos a los que llevan los cazadores de cabezas-trofeo en los soportes materiales de estilo Nazca. Instrumentos musicales, antaras y tambores suelen asociarse a las armas. Hay una relación al parecer directa entre estos cambios y la aparición de sitios fortificados en las cimas. En la parte meridional de la costa norte parece tratarse de templos fortificados y eventualmente de refugios (Ghezzi 2006, 2007, 2008a, 2008b; Giersz y Prządka 2008, 2009; Wilson 1988, 1995). En la costa central hay asentamientos fortificados en las cimas que fueron habitados, a juzgar por las evidencias de almacenamiento de agua y de producción de alimentos. El complejo de Chankillo, desde varios puntos de vista excepcional, es hasta el presente el único complejo fortificado de cima excavado de manera sistemática. Ghezzi (2006, 2007, 2008a, 2008b) argumenta que no solo fue escenario de combates rituales, posiblemente representados en los modelos de terracota, sino que sirvió de refugio en los conflictos armados. Uno de estos conflictos puso fin a la existencia del templo fortificado de la cima. La configuración espacial de este asentamiento, que pudo haber sido una especie de capital de un organismo político capaz de controlar buena parte del valle, llama poderosamente la atención. El sistema defensivo protege el templo, el cual dominaba las áreas destinadas a multitudinarios eventos festivos. Desde estas últimas se observaba el desplazamiento del sol y de la luna con el probable fin de definir las fechas del inicio de las actividades ceremoniales. Es difícil no evocar paralelos con el Cuzco imperial y las actividades llevadas a cabo en sus plazas y en Sacsayhuamán según el calendario precisado mediante la observación de las sukankas. El castillo de Ampanu en el valle de Culebras, investigado por nuestro proyecto (Giersz y Prządka 2008, 2009; Prządka y Giersz 2003),

es similar a Chankillo en varios aspectos, ha sido construido en la misma época y también podría haber sido un templo fortificado, de la misma manera que varias otras estructuras registradas por Wilson (1988, 1995) en los vecinos valles de Santa y Casma. Los complejos mencionados y la iconografía salinar, virú, recuay y moche proporcionan argumentos muy fuertes para descartar la hipotética secularización de la sociedad, la que varios investigadores (Collier 1955; Schaedel 1978; Shimada 1994) relacionaban con el surgimiento de la sociedad guerrera. Por el contrario, la religión y el rito norman el comportamiento de cada miembro masculino de la sociedad, sistemáticamente preparado a través de iniciaciones y combates rituales para cumplir su papel de guerrero (Makowski 1996, 2001, 2008a, 2008b, 2008c).

La guerra y las estrategias de dominación

Existe en la actualidad un consenso entre todos los estudiosos del fenómeno Moche quiénes sometieron las fuentes iconográficas al análisis atento y sistemático (Bawden 1995, 1996, 2004; Bourget y Newman 1998; Castillo y Holmquist 2000; Donnan 1975, 1982, 1997; Donnan y McClelland 1999; Giersz et al. 2005; Hocquenghem 1987; Makowski 1994a, 1996, 1997, 1999, 2001, 2003; Quilter 2002): las imágenes de combate moches aluden a contiendas rituales y no a batallas en el marco de conflictos bélicos, como postulaba por ejemplo Wilson (1988). Makowski (1996, 1997, 2001; Giersz et al. 2005) ha comprobado que no se trata de un combate ritual sino de dos. Ambos conllevan a la captura de los derrotados quienes se convierten en víctimas de sacrificios y suplicios. En el combate principal los cautivos son forzados a correr desnudos por el desierto y cuesta arriba hacia la cima de las primeras estribaciones de los Andes. Los que dejan de correr son despeñados (Zighelboim 1995) y descuartizados por las mujeres en honor al Guerrero del Buho (Makowski 1994a, 1996; personaje D de Donnan 1975). Luego los restantes regresan corriendo al centro ceremonial de la costa. Los que caen son recogidos y llevados en litera para luego sacrificarlos con un corte en la yugular. Su sangre se ofrece a la deidad Guerrero del Águila (Makowski 1994a, 1996; personaje A de Donnan 1975). En el segundo combate los cautivos son sacrificados en las islas a las que se les lleva en embarcaciones de totora. La sangre de las víctimas se ofrece a la única deidad femenina, la Diosa del Mar y de la Luna (Makowski 1994a, 1996; personaje C de Donnan 1975) y al Mellizo Marino, una de las dos deidades de cinturón de serpientes. Este segundo combate conmemora un evento mítico profusamente ilustrado en la iconografía moche, entre otros en las paredes del edificio más reciente de la Huaca de la Luna: la rebelión del Guerrero del Búho y de la Diosa del Mar y de la Luna quiénes invaden la tierra al mando de vestidos, armas y objetos de tejer animados (Makowski 1996; Quilter 2002). Una de las variantes más complejas de combates rituales sugiere que en cada com-

bate tomaban parte cuatro grupos de guerreros, dos en cada orilla del río. Un grupo venía del valle bajo y otro descendía del lado de la sierra. Es probable que cada uno de los combates haya tenido lugar en otro mes del año, como intuía Hocquenghem (1987). De hecho algunos combates involucraban no solo a los habitantes de la costa sino también los de valle medio y alto, con vestidos y tocados conocidos de las representaciones en estilo Recuay (Makowski y Rucabado 2000). Estas fuentes iconográficas dejan poco lugar a duda que los combates ceremoniales se constituían en ceremonias centrales con finalidades múltiples: ritos en los que se somete a prueba jóvenes guerreros recién iniciados, ritos de propiciación y ante todo ritos de afirmación del orden político imperante (Hocquenghem 1987; Makowski 2008b). Es menester destacar que los máximos gobernantes mochicas se hacen sepultar con el atuendo de jefe guerrero y no con atributos del sacerdote (Makowski 1994a, 2005, 2008a, 2008b, 2008c).

El hecho de que los ritos de preparación de jóvenes y adultos para que adquieran y mantengan la destreza y el valor del guerrero se constituían en el eje central de organización de todas las ceremonias supra-comunitarias en el mundo Moche, y que sus elites se identificasen con la imagen del combatiente victorioso, ya de por sí es un indicio de que es una sociedad que vive en medio de la guerra latente y que se prepara para conflictos con los vecinos. La ausencia de imágenes de conquista no es un argumento fuerte para inferir la inexistencia de la guerra. Tampoco se conoce este tipo de iconografía en el Horizonte Tardío y nadie va negar por ello que los Sapan Inca de Cuzco hayan tenido éxito en las conquistas del vasto territorio del Tawantinsuyu. Desde nuestro punto de vista esta ausencia es uno de los indicadores de que la guerra moche carece del carácter de la guerra total. Creemos que los combates rituales y los eventos festivos relacionados servían para afirmar los lazos de parentesco ritual entre los ex-combatientes y afirmar lealtades entre jefes y grupos étnicos diversos. Han sido la base de las alianzas que permitían desplegar una notable fuerza militar cuando las circunstancias lo requerían, a veces bajo el mando de líderes exitosos. Nuestras investigaciones en los valles de Alto Piura (Makowski 1994b, 2008b; Makowski et al. 1994) y Culebras (Giersz 2007; Giersz y Prządka 2008, 2009; Makowski 2010a) confirman el éxito de las guerras de conquista emprendidas por grupos que usaban a diario la cerámica gallinazo mientras que los atuendos y la cerámica en estilo Moche Temprano les servían en contextos ceremoniales. En la rica iconografía de las vasijas escultóricas moche de Piura y en las vasijas vicús se retrata a los conquistadores vestidos con atuendos conocidos de las piezas en estilos Virú, Moche y Recuay, procedentes de los valles al sur de las Pampas de Paiján. En el valle de Culebras (fase Mango: Giersz 2007) como en el valle de Santa la conquista implica el abandono de los asentamientos fortificados de las cimas. Los sustituyen residencias de elite como Quillapampa. Hay múltiples evidencias que tanto en Piura como en el valle de Culebras demuestran que el sistema

de alianzas rituales que se sellaban en los centros ceremoniales de Vicús-Huaca Nima y de Pañamarca ha sido muy eficiente. Wilson (1988, 1995) ha calculado que el número de sitios fortificados conocidos como “castillos” había decrecido significativamente en el periodo de la *Pax Mochica* tanto en Santa como en Casma. Los sitios moches a lo largo de caminos tienen el carácter abierto sin fortificaciones de envergadura hasta por lo menos el siglo VIII d.C.

El estilo de cerámica y las identidades: tecnológica, étnica y política

Cronologías, culturas y sociedades

En el área centroandina hasta la fecha se utiliza paralelamente varios sistemas cronológicos de los cuales el más difundido es el propuesto por John H. Rowe (1962). Este sistema mide el tiempo por medio de los cambios en las formas y en los diseños de la cerámica ceremonial procedente de los asentamientos y cementerios prehispánicos del valle de Ica, en la periferia del área cultural sur. Por convención, la que no siempre concuerda con las evidencias objetivas, se asume que la secuencia establecida para el valle de Ica es válida para todo el extenso territorio de los Andes centrales. La secuencia de Rowe reconoce las épocas de influencias foráneas, denominadas *horizontes*, que se alternan con otras en las cuales predominan los estilos locales, llamadas periodos *intermedios*. Hay que tener en cuenta que este sistema cronológico implica la aceptación *a priori* de los siguientes supuestos implícitos:

- Los alfareros y los usuarios de la cerámica siguieron modas estilísticas, comportándose de manera similar a la actual sociedad occidental.
- La producción de cerámica fue centralizada en alto grado y se distribuía con suma facilidad a pesar de las limitaciones del transporte y las dificultades objetivas del medio ambiente desértico y con el relieve accidentado; no menos centralizada y eficiente en cuanto al adoctrinamiento tendría que ser la formación de los alfareros mismos.
- Las creencias religiosas de los Andes centrales se difundieron cíclicamente desde un centro determinado y en forma de exitosas doctrinas proselitistas, como las de las religiones reveladas, para inundar el vasto territorio andino con su iconografía y con su cerámica ceremonial.

La validez de estos supuestos no se ha corroborado y en todo caso es materia de encendidos debates. Dado que la cerámica se produce en pequeños talleres no

centralizados, la diversidad local y regional estilística es alta y las eventuales imitaciones de estilos foráneos escasos, lo que comprobaron todos los investigadores que emprendieron trabajos de prospección. Asimismo, los estilos locales relacionados con los periodos intermedios suelen mantener plena vigencia en los periodos-horizontes. Por ende, la ubicación de un sitio o una unidad en una época y fase determinada depende del hallazgo de forma o diseño exótico de carácter diagnóstico. Desafortunadamente esta clase de cerámica no fue usada siempre por todos y por lo tanto no aparece en todos los contextos, siendo más recurrente en ajuares funerarios. Por las razones expuestas, el mismo contexto puede ser asignado tanto a una fase final de un periodo intermedio como a una de las primeras fases del periodo horizonte (verbigracia estilos Nazca 8 y 9, Lima 8 y 9, Moche IV y V asociados de manera recurrente a cerámica diagnóstica del Horizonte Medio), pero depende si el material diagnóstico es local o se trata de una imitación o importación de estilos exóticos.

Hacia fines de 1960 Luís Lumbreras (1981) propuso otro sistema cronológico, cuestionando el esquema establecido por Rowe. Este sistema está construido tomando como base el criterio económico-social. Los siguientes periodos corresponden a supuestos estadios evolutivos: el poblamiento por grupos de cazadores-recolectores (periodo *Paleoindio*), la domesticación de plantas y animales (periodo *Arcaico*), surgimiento de jefes y de elites y la división de la sociedad en estratos (periodo *Formativo*), la urbanización (periodo de los *Desarrollos Regionales*), y el surgimiento y colapso de los imperios y estados regionales (periodos *Wari*, *Estados Regionales* e *Inca*).

Es cierto que las cronologías tradicionales elaboradas por Rowe y Lumbreras no pueden captar los cambios socio-políticos ni estilísticos en el nivel regional. Para suplir esta carencia, los investigadores de la costa norte suelen usar un tercer sistema cronológico, en el que se toma en cuenta tanto el estilo de la cerámica ceremonial, las técnicas constructivas y el patrón arquitectónico, los comportamientos funerarios, así como otros aspectos de la cultura material en los que se reflejan situaciones de continuidad o discontinuidad cultural. En este sistema los periodos llevan el nombre de las hipotéticas culturas étnicas, como Moche-Mochica, Lambayeque-Sicán o Chimú (Bawden 1996; Donnan 2010; Donnan y Mackey 1978; Larco Hoyle 1948; Shimada 1994; entre otros). Existe también otro método para establecer cronologías relativas. Este método, conocido como el método Ford, fue elaborado por el arqueólogo norteamericano del mismo nombre y se fundamenta en los cálculos del porcentaje de fragmentos de cerámica que poseen ciertas características de confección y acabado. Durante el proceso de estudio se elaboran los cuadros estadísticos de los grupos de tiestos ordenados

según el matriz de abundancia (Ford 1957; Meggers y Evans 1969; entre otros). Los periodos del tiempo reciben entonces el nombre del sitio más representativo, donde se han encontrado en abundancia todos los tipos decorativos usados durante un cierto lapso, como por ejemplo Guañape, Puerto Moorín, Gallinazo o Huancaco (Strong y Evans 1952). Este cuarto método fue usado por los miembros del Proyecto Virú y sus sucesores (Ford y Willey 1949; Strong y Evans 1952; Willey 1953; Wilson 1988, 1995; entre otros). El método Ford, aunque parece ser el más avanzado, tiene ciertas debilidades. Primero, la percepción de la circulación de cerámica está basada en un modelo válido para la sociedad industrial moderna con sus mecanismos de mercado, pero no necesariamente aceptado para una sociedad prehistórica con mecanismos sociales y económicos fundamentados en modelos totalmente diferentes. Segundo, en la mayoría de casos los tiestos usados para construcción de matriz de abundancia provienen exclusivamente de las prospecciones de superficie. Se analizan todos los fragmentos disponibles sin tomar en cuenta el tipo y la función del sitio. Hay que tener en cuenta que en la costa norte la mayoría de los sitios cuentan con varios episodios de ocupación y con varias fases constructivas, y además con suma frecuencia fragmentos de cerámica diagnóstica se trasladan de un lugar a otro con la arcilla para hacer adobes y tapia, o con tierra y basura utilizada como relleno de construcción o para nivelar superficies de uso. Adicionalmente, los edificios de una época, después de su abandono, se convierten en cementerios. El huaqueo hace aflorar en desmontes fragmentos mezclados de diferentes contextos y épocas. Estas circunstancias nos hacen pensar que el uso de cualquier método de análisis cuantitativo de cerámica para establecer una secuencia cronológica debe ser confrontado con evidencias estratigráficas procedentes de excavaciones sistemáticas.

Procedimientos metodológicos

El estudio de la cerámica es aún uno de los campos de investigación más productivos en la arqueología. Esto se debe por un lado a su gran potencial para revelar aspectos fundamentales de la producción y especialización artesanal, las relaciones de intercambio, las formas de organización social, la identidad étnica, la ideología, etc. y, por el otro, a su valor como herramienta cronológica e histórico-cultural (Cecil 2004; Crown y Bishop 1994; Leeuw 1984; Makowski et al. 2011; Makowski y Vega-Centeno 2004; Miller 1985; Orton et al. 1993; Riederer 2004; Schwedt y Mommsen 2004; Speakman y Neff 2005; entre otros).

La reflexión sobre la variabilidad de formas, diseños y técnicas de cerámica en los Andes prehispánicos se inicia con los estudios de los pioneros de la arqueología científica. Gracias a la realización de varios proyectos arqueológicos de larga

o mediana duración se dispone de una muestra del material cerámico bastante representativa para la costa norte y la cultura Moche en particular. Desafortunadamente los estudios sobre la cerámica post-moche no tienen el mismo nivel y la discusión suele apoyarse en las propuestas pioneras de Larco (1948), Menzel (1964) o Donnan y Mackey (1978).

Como lo hemos mencionado anteriormente, los cambiantes modos de entender la cultura, el proceso y las razones de cambio en la prehistoria varían sustancialmente entre los estudiosos. No sorprende que la manera de concebir el estilo como fenómeno cultural y como herramienta, y ponderar las variables de análisis, también varíe de generación en generación. Los evolucionistas, por ejemplo, se centraron en los estudios estilísticos, considerando que el estilo refleja directamente los cambios culturales y el recorrido del tiempo (O'Brien y Lyman 1999, 2000; entre otros). Los diferentes puntos de vista se reflejan en la afamada discusión entre Albert Spalding y James Ford acerca la definición del "tipo" en Arqueología (O'Brien y Leonard 2001).

Los estudios sobre la cronología de la costa norte así como sobre la identidad étnica de los grupos humanos asentados en esta parte del litoral del Perú se fundamentaron hasta el presente en siguientes supuestos implícitos:

- La supuesta relación directa entre los estilos de la arquitectura pública y la cerámica, por un lado, y la identidad étnica de las poblaciones por el otro.
- La equivalencia entre el grado de centralización del poder político y la uniformidad o variedad estilística perceptibles en la región.

Por consiguiente, la supuesta equivalencia entre el estilo, la organización política y la identidad étnica de elite se nutre aún de aparentes argumentos empíricos con las evidencias concernientes a la difusión de formas y diseños en cerámica, textiles y arquitectura. En el debate acerca de los procedimientos metodológicos tenemos que plantear algunas preguntas: ¿Han sido afectados por las coyunturas políticas los procedimientos tecnológicos de los alfareros, las formas y los diseños de su cerámica? ¿Seguían en uso las tradiciones locales alfareras después de la incorporación de un territorio a una entidad política foránea?

En primera instancia, estamos de acuerdo que el convencimiento de que las culturas-estilos corresponden en primera instancia a sistemas clasificatorios, los que fueron creados a partir de metodologías diferentes a lo largo del siglo XX para ordenar la variabilidad tecnológica, formal e iconográfica con criterios de lo más

diversos. En segundo lugar, estamos de acuerdo con Makowski y Vega Centeno (2004:684) que las redes de distribución de cerámica establecidas por sociedades complejas no guardan relación directa con las identidades políticas o étnicas de sus usuarios. Todo lo contrario. La distribución cronológica y espacial de los estilos cerámicos se desprende de manera directa de la organización de la producción y distribución de artefactos expresando las relaciones políticas, económicas e ideológicas de la sociedad. A base de estas propuestas hay que recordar que el mapeo de la distribución no necesariamente permite configurar los espacios étnicos y precisar claramente las fronteras que separan a pueblos y estados diferentes. Una propuesta importante que se deriva de estas ideas es que la tradición tecnológica es un indicador más directo de la identidad étnica. Como lo subraya el autor recientemente citado, los talleres que poseen una tradición tecnológica definida pueden usar su repertorio amplio de materias primas y procedimientos para producir cerámica de estilos muy variados. Como lo sustentan Makowski y Vega Centeno (2004:683; véase también Makowski et al. 2011) la correspondencia directa entre el espacio político, el estilo cerámico y arquitectónico y la identidad étnica se da en contados casos, y requiere de condiciones especiales para manifestarse, como por ejemplo:

- Cuando la construcción, o la producción y la distribución están organizadas y normadas centralmente por las instancias del poder dominadas por un solo componente étnico.
- Cuando la identidad étnica, derivada de la conciencia de ser diferentes de los vecinos y/o ser amenazados por ellos, se exprese en estilo, tal como efectivamente ocurre a veces con las sociedades fragmentarias, como el pueblo originario Shipibo-Conibo de la selva peruana (véase DeBoer 1992; DeBoer y Moore 1982).

¿Es posible, entonces, establecer la cronología relativa a base del estudio cerámico? Estamos convencidos de que sí, pero este proceso analítico debe fundamentarse en firmes y restringidos procedimientos metodológicos. Estos últimos, según nuestra opinión, deben basarse en los métodos arqueométricos y el análisis de composición en cerámica proveniente tanto de las prospecciones de superficie del amplio territorio investigado, como de las excavaciones arqueológicas. El estudio composicional de la cerámica ayuda a abordar varios temas, como la tecnología y la organización de la producción, la especialización artesanal, la inferencia de la función, la identificación de las materias primas empleadas, las técnicas de manufactura usadas en la formación, acabado y decoración de las vasijas, y las condiciones de su cocción (García-Heras et al. 2001; Glascock et al. 2004; Rice 1987; Rye 1981).

Todos los problemas metodológicos que acabamos de discutir se reflejan en el debate sobre cómo interpretar la co-existencia de los estilos Gallinazo y Moche durante el Periodo Intermedio Temprano (Millaire y Morlion 2009). En esta discusión se mantienen dos posiciones contrapuestas. Los partidarios de una de ellas toman por suyas las propuestas preliminares de Larco (1948), Strong y Evans (1952) y Willey (1953). Para este grupo de investigadores (Chapdelaine en este volumen; Millaire 2009; Shimada y Maguiña 1994; entre otros) tanto la cerámica mayormente utilitaria gallinazo (Ford y Willey 1949), como las vasijas decoradas ceremoniales virú (Larco 1945), fueron confeccionadas y usadas por un grupo étnico que dominaba a los valles de la costa norte antes del auge de la cultura Moche (fases Moche III y IV). Por consiguiente, a cada estilo respectivo, Virú-Gallinazo por un lado y Moche por el otro, correspondería un grupo étnico con su organización política, tradiciones tecnológicas, estilo de vida, religión y costumbres particulares. Los argumentos a favor de esta hipótesis son los siguientes. Tanto en los valles de Moche y Chicama como más al sur, entre Virú y Huarney, se registran sistemáticamente niveles de ocupación con el material cerámico gallinazo-virú y con pocas o nulas evidencias de Moche Temprano (Moche I, II), debajo de estratos con los fragmentos diagnósticos Moche III. Asimismo, la aparición de la cerámica Moche III, por lo general cercanamente emparentada con el estilo de Huaca de la Luna (valle de Moche), se relaciona con una recomposición del sistema de asentamientos e incluso, hipotéticamente, con la reorganización de la red de riego. El segundo grupo de estudiosos (Donnan 2009; entre otros) consideran en cambio que bajo el término Gallinazo se suele clasificar a las vasijas utilitarias moches. Los argumentos a favor de esta segunda hipótesis son también de peso. En primera instancia, en las secuencias estratigráficas y en los contextos cerrados registrados en el área Moche Norte, la cerámica moche, casi siempre tecnológicamente refinada, se encuentra sistemáticamente asociada con las vasijas o fragmentos gallinazos, por lo general correspondientes a recipientes para almacenamiento y cocción de alimentos. En los niveles de ocupación al interior de las áreas domésticas y de producción –salvo por supuestos talleres especializados en la cerámica moche– el número de fragmentos moches no suele pasar del 10 por ciento de la totalidad de la muestra recolectada. En cambio el porcentaje de vasijas y fragmentos moches se incrementa drásticamente en los entierros de elite. Hay también evidencias directas e indirectas que indican que los mismos alfareros podían producir la cerámica gallinazo y la cerámica moche.

Makowski (2009b) asume en esta discusión una posición intermedia. Por un lado coincide con Donnan que los artefactos diagnósticos, clasificados como Protochimú por Uhle (1915), Mochica por Larco (1945, 1948), y como Huancaco por Ford y Willey (1949), y por generaciones de sus seguidores hasta el presente, po-

seen siempre características tecnológicas y funcionales diametralmente distintas de los objetos y fragmentos clasificados como gallinazo por Ford y Willey (1949). Por la cerámica moche se entiende el conjunto de formas que sirven en primera instancia para el manejo ceremonial de líquidos: botellas asa-estribo, gollete central asa-cinta o asas-auriculares, cántaros chicos y medianos, vasos acampañados con sonaja (floreros), cancheros, vasos y copas. Un número de imágenes moches demuestra el uso de este tipo de vasijas en las ceremonias de sacrificio, de libación, de transporte de líquidos ceremoniales y de preparación de cuerpos de difuntos. Por añadidura se considera moche a los textiles, artefactos de metal, madera, concha, mate, decorados con los mismos diseños que se presentan en la cerámica. En todos estos casos se trata también de parafernalia de culto, producida en talleres especializados por artesanos particularmente diestros. Se ha definido también como típicamente moche a la arquitectura ceremonial y las hipotéticas residencias de elite con ambientes destinados para banquetes y rituales, la que fue construida gracias a un sofisticado sistema de producción de adobes de gavera. La conclusión que se desprende de esta constatación objetiva de usos y practicas es inevitable: los investigadores no definieron al estilo y a la cultura Protochimi-Mochica-Moche-Huancaco a partir de la cerámica y a partir de objetos de vida diaria, los que pudieron haber sido producidos por artesanos más o menos diestros en cualquier aldea, sino a partir de recipientes, vestidos, adornos, armas y cetros en los que se expresan complejos contenidos religiosos y que son asimismo símbolos del poder. Los curacas de muy distintos niveles jerárquicos los tuvieron depositados como parte de su ajuar. La iconografía registrada en estos objetos es la única variable realmente compartida por las "sociedades mochicas", asentadas a lo largo de 700 km de la costa norte, en la percepción consensuada de todos los investigadores. Si expresamos esta idea de otra manera, la cerámica y por asociación los artefactos y los espacios ceremoniales mochicas deben su existencia a una red de poder, a un mini sistema-mundo en los que las elites intercambian objetos y facilitan el desplazamiento de los artesanos. Las coyunturas de la historia, los vaivenes de poder, los matrimonios, las conquistas y las derrotas, las alianzas y las felonías, están detrás de la presencia/ausencia, pericia/provincialismo que el arqueólogo registra en un valle, en un lugar y una fase dada del Periodo Intermedio Temprano u Horizonte Medio.

Bajo el nombre de Gallinazo, Ford clasificó en primera instancia, y a diferencia de Huancaco (Moche III y IV), a los fragmentos correspondientes a la cerámica utilitaria de uso doméstico, las formas para conservar, cocinar y en menor grado servir los alimentos. Un pequeño porcentaje de esta muestra, insignificante numéricamente, correspondía a vasijas finas (verbigracia Carmelo Negativo), algunas de ellas de uso ceremonial y a las formas que Larco (1945) llamaba Virú. No

obstante, hay que enfatizar que Larco mismo ha reunido en su primer artículo sobre Virú a los casos de botellas hechas por alfareros que claramente quisieron imitar y de manera no muy bien lograda a las botellas moches. Por otro lado, hay un consenso que propone que la cerámica gallinazo aparece en los contextos de arquitectura y de entierros cuyos rasgos son los mismos que los de la arquitectura moche. Makowski (2009b) considera por ende que la cerámica gallinazo fue utilizada a diario por la misma gente que expresaba su rango y función social por medio de vestidos, adornos y cerámica en estilo Moche. Dado que la fase temprana de Gallinazo-Virú claramente antecede a Moche al sur de Pampas Paiján, incluyendo los valles epónimos de Moche y de Virú, y dado que un estilo de vida particular se refleja en la cerámica y en los contextos domésticos gallinazos, el mismo autor considera que la relación entre este estilo y cierta identidad étnica es probable. Caso contrario no se explicaría la difusión amplia de este estilo, y su conservadurismo. El carácter conservador es la expresión de los componentes íntimos, familiares, locales del *habitus*, en contraposición al “cosmopolitismo” de la cerámica ceremonial moche.

Establecimiento de la secuencia cronológica local para el valle de Culebras

La cronología relativa que hemos establecido para el valle de Culebras difiere en varios aspectos metodológicos de la de Larco (1948), o la de Ford y Willey (1949). Su punto de partida es la clasificación a partir del análisis convencional macroscópico por alfares. Por el alfar entendemos siguiendo a Rice (1987:484) un tipo cerámico que comparte las mismas técnicas de preparación y amasado de pastas, construcción, y también los regímenes convencionalizados de cocción. Los procedimientos tecnológicos guardan estrecha relación con las formas y con las funciones esperadas del recipiente, y están en buen grado determinados por la tradición conservada en un taller o un grupo de talleres. El acabado y la decoración pueden ser en cambio compartidos por varios alfares lo que ocurre con frecuencia cuando los ceramistas desean imitar estilos foráneos. Los alfares pueden ser por ende mono o pluriestilísticos (Makowski y Vega Centeno 2004; Makowski et al. 2011).

Gracias al cruce de información procedente de las prospecciones y las excavaciones arqueológicas efectuadas en el valle del río Culebras se ha podido establecer un cuadro cronológico tentativo para la zona estudiada, basándonos en el análisis de cerámica, las relaciones estratigráficas y los fechados radiocarbónicos obtenidos durante el proceso de investigación. El análisis convencional de pastas de la muestra compuesta por 4863 fragmentos o vasijas enteras diagnósticas seleccionadas entre 20581 fragmentos recuperados ha permitido definir 32 alfares (Giersz 2007:44-132). Estos taxones se distribuyen en ocho fases cerámicas bien

definidas: Panteón, Ampanú, Mango, Quillapampa, Molino, Santa Rosa, Ten Ten y Chacuas Jirca.

Una serie de fechados radiocarbónicos de los materiales arqueológicos provenientes de los contextos excavados (Giersz 2007:137-144), procesados mediante el método convencional por el Laboratorio GADAM del Departamento de Radioisótopos del Instituto de Física de la Universidad Tecnológica de Silesia, Polonia, proporcionó fundamentos adicionales para sustentar nuestra secuencia cronológica local. El resultado final del proceso de investigación fue el establecimiento de la secuencia cronológica local para el valle de Culebras, compuesta por diez fases consecutivas. Las fases llevan nombres de sitios más característicos para cada época, salvo la fase correspondiente a los periodos precerámicos. La secuencia cronológica propuesta ha sido comprobada por medio de los análisis de relaciones estratigráficas documentadas durante las excavaciones y cateos de prueba (Giersz 2007:132-134).

La organización espacial de asentamientos, las relaciones con los vecinos y las estrategias del poder

El ordenamiento de los datos de registro de prospección por fases previamente establecidas ha puesto en evidencia que la organización espacial de asentamientos, su carácter y las relaciones con los centros de poder cambian de manera sustantiva a lo largo del tiempo.

La fase Panteón (1000 – 350 a.C.)

De los 14 sitios de la fase Panteón, solo tres poseen características de centros locales por la presencia de arquitectura monumental y los tres pertenecen al tipo de templos fortificados. Junto con los restantes 8 asentamientos y 3 cementerios los sitios están distribuidos de manera equidistante en ambas orillas (6 sitios en la margen derecha y 8 en la margen izquierda del río). Su extensión es más o menos uniforme y no supera una hectárea de superficie. El asentamiento de mayor envergadura es la fortaleza Panteón III (Pv34-118), ubicada en la cima del cerro Junco Chico. Se compone de un conjunto de edificios construidos con piedras colocadas a manera de ortostatos y unidos con argamasa, ubicados en las terrazas artificiales y cercados por un sistema de murallas concéntricas (Prządka y Giersz 2003: Figura 67). Los sitios de la fase Panteón provienen de la época marcada por los drásticos cambios paleoclimáticos sucedidos en los albores del primer milenio a.C. (Fuchs 1997; Wells 1990). Se trata de las manifestaciones tempranas de una nueva y totalmente diferente modalidad de organización social. Sus expresiones materiales fueron

registrados por primera vez en sitios de la costa norte como Puémape y Moro de Eten (Elera 1992). Su desarrollo posterior se pudo seguir gracias a los estudios de los asentamientos de la tradición Salinar: Cerro Arena del valle de Moche (Brennan 1980, 1982; Mujica 1975), Huambacho del valle de Nepeña (Chicoine 2004; Proulx 1968, 1973, 1982, 1985), o San Diego del valle de Casma (Pozorski y Pozorski 1987; Thompson 1961; Wilson 1995). El fechado GdS-489 (1125-830 Cal. d.C., 2σ), proveniente de los primeros estratos de sitios de la fase Mango I (Pv34-51), podría fechar el comienzo de esta nueva era, marcada por el abandono gradual de los centros ceremoniales en los valles de la costa norte y el auge de Chavín de Huántar y Kunturwasi (Burger 1992; Pozorski y Pozorski 1987).

La fase Ampanú (350 a.C. – 100 d.C.)

El final del Horizonte Temprano con el ocaso de la civilización Chavín-Cupisnique trajo también en el valle de Culebras notables cambios que ya se estaban anunciando en el periodo anterior. La zona de costa norcentral, y los valles de Casma y Culebras en particular, cumplían un rol muy importante en este periodo, formando uno de principales focos del poder en la zona. Entre los 19 sitios explorados se puede diferenciar 3 centros con arquitectura pública, 11 asentamientos, 4 cementerios y 4 sitios fortificados. Los asentamientos son por lo general pequeños y dispersos, con ambientes aglutinados, contruidos de quincha o de piedra con argamasa de barro. La aparición de fortificaciones en lugares estratégicos es una de las características más destacadas para la época (véase también Willey 1953; Wilson 1988, 1995). El sitio fortificado de mayor rango en el valle estudiado es sin duda el Castillo de Ampanú, ubicado en la margen derecha del río Culebras, aproximadamente a 8 kilómetros del mar, en la cumbre de un cerro alargado. Este conjunto arquitectónico se compone de tres estructuras de planta rectangular con muros de piedra conservados de hasta 5 metros de altura, varios cuartos, subdivisiones y una serie de terrazas con habitaciones (Giersz y Prządka 2008:Figura 10). El edificio central fue construido alrededor de los 845-200 cal a.C., 2σ (fecha Gd-19079 de la capa de relleno constructivo; *terminus post quem*). Dos de dichas estructuras están acompañadas por bastiones situados en sus esquinas, uno en el suroeste y otro en el noreste. La fortaleza está rodeada por muros de piedra de carácter defensivo. Todo el complejo, con su mampostería, demuestra fuertes semejanzas con la fortaleza de Chankillo ubicada en la margen izquierda del río Casma y fechada por la mayoría de los autores al final del Horizonte Temprano (Collier 1962; Ghezzi 2006; Pozorski y Pozorski 1987:95-103; Thompson 1961:262). El sitio cumplía probablemente el papel de centro administrativo, templo y refugio en caso de conflictos y guerras. Los datos de la fase Ampanú sugieren que la fragmentación política registrada en la fase anterior se ha incrementado a la par con las expresiones materiales de la violencia institucionalizada.

La fase Mango (100 – 400 d.C.)

A juzgar por las evidencias tanto cerámicas como por la arquitectura, la fase Mango (100-400 d.C.) del valle de Culebras se correlaciona de manera muy cercana con la fase Gallinazo del valle de Virú (Willey 1953), fase Suchimancillo del valle de Santa (Wilson 1988), o fase Cachipampa del valle de Casma (Wilson 1995). Como en otras partes de la costa norte junto con la cerámica virú-gallinazo aparecen en las colecciones muy escasos fragmentos de estilo Moche Temprano. El total de sitios de esta fase alcanza los 20, de los cuales 10 están distribuidos en la margen derecha y 10 en la margen izquierda del río Culebras. Entre los sitios se puede distinguir 2 asentamientos con arquitectura pública, 10 asentamientos de carácter aldeano, 5 cementerios y 3 puestos de vigilancia (Giersz y Prządka 2008:Figura 11). A diferencia de las fases anteriores los hipotéticos centros locales de poder no tienen características de templos fortificados sino de residencias de elite de traza ortogonal. En ambos, tanto en el sitio Mango I (Pv34-51), como en Quillapampa I (Pv34-75), la primera fase constructiva corresponde a la arquitectura simple de quincha, a modo de un campamento provisional, que durante la segunda fase fue reemplazada por la arquitectura monumental de piedra con adobes de gavera lisa utilizados para pisos. En el caso de Mango I se trata de una estructura regular, de base rectangular, con ocho subdivisiones internas (Giersz y Prządka 2009:Figura 12). El uso de muros de contención, sobre los cuales se levantan las estructuras, tiene paralelos en el patrón arquitectónico que es característico de la tradición Gallinazo (véase Bennett 1950, Willey 1953; entre otros). Hay que poner énfasis en el hecho que los templos y residencias de elite fortificadas en las cimas quedaron reemplazados por un sistema de vigilancia de caminos de acceso al valle por una de las quebradas que llevan hacia el norte.

La fase Quillapampa (300/400 – 700 d.C.)

La fase Quillapampa se caracteriza por la aparición de la cerámica Moche III y posteriormente de variantes locales de Moche IV en los contextos funerarios y en asociación con la arquitectura de elite. La cerámica utilitaria similar a gallinazo se sigue produciendo no sin ciertas transformaciones de formas y acabados. El número de sitios es similar al de la fase anterior (22: 8 están distribuidos en la margen derecha y 14 en la margen izquierda del río Culebras) y su distribución es también homogénea. Similar es también su organización espacial y sus características. Los 3 centros con arquitectura monumental pertenecen a la misma categoría que Mango, puesto que se trata de residencias de elite que se distribuyen entre 11 asentamientos aldeanos y 5 cementerios (Giersz y Prządka 2008:Figura 13). No hay fortificaciones pero sí un sistema de vigilancia compuesto de tres atalayas que cuidan accesos al gran camino norte-sur que atraviesa las quebradas laterales

y asimismo desde la parte media del valle, desde la sierra (Giersz 2007:208-211, Figura 134).

Ni los asentamientos aldeanos ni las hipotéticas residencias de elite tienen características defensivas, todos están ubicados cerca del piso del valle, en áreas abiertas y no defendibles. Una de estas residencias, ubicada en la margen izquierda del río Culebras, en la parte media-baja de la cuenca, en una loma de tierra al pie del cerro Gallinazo - el sitio Quillapampa I (Pv34-75) - fue excavada y ha revelado tener típico carácter de la arquitectura conocida del valle de Moche. Se trata de una estructura de horcones y quincha con el techo decorado con porras de cerámica que se levanta en la cima de una plataforma atarazada construida con muros de contención de piedra y con rampas de acceso. Una cámara funeraria moche se relaciona con uno de los episodios de uso. La residencia palaciega domina visualmente la parte media-alta del valle donde se ubica la mayoría de sitios moches con diferentes características y funciones: asentamientos rurales, talleres alfareros, cementerios y temples de adobe (Giersz 2007:198-217). Frente a la residencia, del otro lado del valle desemboca al camino principal intervalle norte-sur.

La fase Molino (700 – 850 d.C.)

La fase Molino se define en el valle del río Culebras por la brusca aparición de la cerámica sureña, ubicada por Menzel (1964) en el Horizonte Medio I y IIa, en el contexto de la cerámica provincial Moche Tardío. Hay que tomar en cuenta que la cerámica moche se sigue produciendo en el área sur hasta por lo menos el 850 d.C. y en el área norte hasta el 1000/1100 d.C. Se recomienda ver los ceramios moches de las tumbas lambayeque (Sicán Medio) de Batan Grande y transicionales de San José de Moro. Castillo (2000) interpreta a las importaciones e imitaciones de la cerámica chakipampa, ocros, viñaque, nievería y teatino como el resultado del funcionamiento de la nueva red de intercambios tejida por las elites en el contexto de la crisis política que anticiparía al ocaso de la cultura Moche. En el caso del valle de Culebras esta alternativa de interpretación no se condice con las evidencias registradas en vista de la magnitud y el carácter de cambios en la organización de asentamientos. Las residencias de elite moches quedan abandonadas o se convierten en cementerios. Por otro lado, aparecen nuevos centros locales de distinto patrón arquitectónico, dominados por los recintos cercados de trazo ortogonal (Prządka y Giersz 2003:48, 49, 75, 76). Hay también un cambio notable en la ubicación de asentamientos. El área densamente poblada se traslada al valle medio-bajo y su centro se localiza cerca del pueblo moderno de Molino, donde también desemboca ahora la vía intervalle norte-sur de la época. El nuevo eje vial asegura la comunicación con el centro provincial huari en el Castillo de Huarney. A partir de este pe-

riodo se inicia el crecimiento sostenido del número de sitios registrados: el total de sitios alcanza los 26, de los cuales 10 están distribuidos en la margen derecha y 16 en la margen izquierda del río: 2 centros públicos, 8 asentamientos, 15 cementerios y 1 sitio fortificado (Giersz y Prządka 2008:Figura 16). Queda por lo tanto evidente que este es un periodo de relativa prosperidad. Por otro lado, la construcción de sitios fortificados sugiere la existencia de conflictos con las entidades políticas ubicadas al norte de Culebras. El incremento del número de asentamientos y su ubicación en el fondo del valle, y en las ubicaciones difíciles de defender indica a su vez que este sistema de defensa resultó efectivo.

El cambio de patrón de asentamiento y la aparición de cerámica exótica huari en el contexto de construcción de nuevos centros administrativos, con edificios cercados de trazo ortogonal, parece implicar que una nueva autoridad de origen foráneo ha logrado imponerse y ejercer el poder de manera directa desde el cercano valle de Huarney. En esta misma dirección apuntan los cambios en los comportamientos funerarios: necrópolis con las cámaras construidas sobre la superficie. Por otro lado, la predominancia de la cerámica de origen local, con la iconografía derivada de la tradición Moche, el probable uso continuo de adobes marcados y otros elementos arquitectónicos característicos para la costa norte y la tradición Moche en particular, la supervivencia de la práctica de enterrar los muertos en la posición extendida dorsal, y la intensificación de contactos con los valles vecinos mediante una nueva red de caminos intervale norte-sur infieren aculturación gradual de la población y de los líderes locales como efecto de la adaptación a la nueva situación política. La profundidad de esta aculturación se observará en la fase subsiguiente.

La fase Santa Rosa (850 – 1000 d.C.)

Los estilos de las épocas 3 y 4 del Horizonte Medio según la cronología de Menzel (1964) caracterizan a la fase Santa Rosa. A juzgar por el número de sitios arqueológicos registrados (38: 1 centro público, 13 asentamientos, 22 cementerios y 2 sitios fortificados; Giersz y Prządka 2008:Figura 18) esta es una fase próspera. Llama sin embargo la atención el carácter aldeano de la ocupación con la ausencia de las estructuras interpretables como residencias de elite o centros administrativos locales. Los asentamientos de mayor extensión (Pv34-94, Pv34-96, Pv34-98) se concentran en la parte media de la cuenca, en las cercanías del pueblo moderno de Santa Rosa. El único sitio con la arquitectura pública y características de un centro ceremonial se ubica en la orilla del mar al norte de la Caleta de Culebras: Playa el Castillo (Pv34-2). Es un gran cerro fortificado con cercos circulares de murallas y cuatro niveles de terrazas; unas estructuras de adobe de planta rectangular están diseminadas al interior de los espacios cercados por los muros de piedra (Giersz

y Prządka 2008:Figura 19). El fechado Gd-16456 (660-1020 cal d.C., 2 σ), proveniente de la capa del relleno constructivo relacionada con la nivelación del cerro proporciona el *terminus post quem* para la construcción de este conjunto arquitectónico.

La fase Ten Ten (1000 – 1450 d.C.)

La fase Ten Ten se caracteriza por la popularidad de un estilo local de cerámica que se distingue con facilidad de los anteriores, dadas las diferencias formales, en tecnología de confección y ante todo en la decoración mediante impresiones sucesivas de círculos con caña, rasgo propio del estilo Casma Inciso. No cabe duda que el pequeño valle de Culebras se ha convertido en esta fase en el centro político regional. No solo se duplica el número de asentamientos registrados (61) sino también se construye uno de los asentamientos con arquitectura pública más extensos en esta parte de la costa norte (Ten Ten), y se percibe asimismo una compleja organización espacial de asentamientos: 2 centros con arquitectura pública, 27 asentamientos, 19 cementerios y 13 sitios fortificados o puestos de vigilancia concentrados generalmente cerca de los centros públicos (Giersz y Prządka 2008:Figura 20). Se nota que los poblados están distribuidos de manera homogénea y que la densidad ocupacional llegó a los límites sostenibles. La mayoría de los asentamientos se sitúan sobre las laderas elevadas de terrazas fósiles o en las entradas a las quebradas laterales, y se asocia con una nueva red de caminos. Ten Ten I (Pv34-74), con 100 hectáreas de extensión, ubicado en la margen derecha del río Culebras, en el valle medio-bajo, a unos 16 kilómetros de las orillas del mar y a una altura promedio de 250 msnm, ha sido sin duda construido como la capital de un organismo político regional (Giersz y Prządka 2008:Figuras 21, 22). El fenómeno del surgimiento de las nuevas entidades políticas regionales que observamos en Culebras en el contexto del vertiginoso aumento de la densidad poblacional se manifiesta simultáneamente, entre los siglos IX y X d.C., en varios valles de costa norte y norcentral (Prządka-Giersz 2009).

La fase Chacuas Jirca (1450 – 1532 d.C.)

En la última fase prehispánica, Chacuas Jirca, el valle del río Culebras fue incorporado al imperio Inca a juzgar por los cambios en el estilo Casma Inciso (aríbalos casma-inca, escasas importaciones de la cerámica de estilo Cuzco Policromo y las fechas C14 calibradas. Entre los 39 sitios establecidos durante esta fase se puede diferenciar 3 centros públicos, 16 asentamientos, 13 cementerios y 7 sitios fortificados (Giersz y Prządka 2008:Figura 23). Excepto tres sitios, los demás presentan una ocupación de la fase anterior. Como en la fase Ten Ten, los asentamientos se encuentran en todas partes del valle. Los tres centros públicos se sitúan en lugares estratégicos, en las principales rutas intravalles e intervalles. La arquitectura es gene-

ralmente de piedra, y solamente en los centros con arquitectura de carácter público se encuentran edificaciones de adobe. Asimismo encontramos las estructuras de quincha relacionadas con zonas domésticas y de producción. El centro primario es el asentamiento de Chacuas Jirca (Pv34-87), ubicado en la margen izquierda del río Culebras, en la parte alta de la cuenca (Prządka-Giersz 2009).

Un valle que conoció varias fronteras: a manera de conclusiones

La secuencia de cambios en la organización espacial de asentamientos que acabamos de presentar, lleva a una conclusión aparentemente paradójica: los sistemas defensivos, y en general la arquitectura relacionada con la violencia institucionalizada, como los templos fortificados, aparecen de manera contundente en los periodos de fragmentación política, al fin del Horizonte Temprano, en las fases finales del Horizonte Medio y en el Periodo Intermedio Tardío. Fenómeno similar observó Wilson (1988, 1995) en los valles de Casma y Santa. Esta es una paradoja aparente. Las fortificaciones andinas no cumplen las mismas funciones estratégicas que se espera de ellas en una guerra total, tanto antigua como moderna. Como hemos visto líneas arriba, por las características tecnológicas y por el alto impacto de normas y reglas rituales que rigen en el caso de un conflicto bélico, la suerte en el combate se decide en el enfrentamiento directo mano a mano. El ataque por la espalda o con armas de largo alcance (arco) parece estar reñido con el *ethos* guerrero. Las características de la ubicación y de la arquitectura de los templos fortificados y de las murallas sugieren que se pretende obtener efectos psicológicos más que tácticos sobre el adversario. Las murallas y los bastiones son símbolos de poderío y resultan útiles en el contexto de competencia por la hegemonía en el dominio del valle entre poblaciones vecinas. Su función táctica no es la más importante ni la única. En la asociación entre el lugar fuerte y la arquitectura ceremonial se materializa y se fija en el paisaje este particular sistema de convivencia y de formación permanente de jóvenes guerreros cuyos detalles revela la iconografía mochica. Los templos fortificados fueron al mismo tiempo lugares de combates rituales (*tinkuy*), refugios en el caso de asedio por invasores foráneos, lugares de culto y eventualmente residencias temporales del gobernante.

Resulta muy significativo que cuando el valle de Culebras quedó incorporado en la organización política Moche, hecho que ocurrió en la fase Mango, a más tardar en la transición hacia la fase Quillapampa, bastó un simple sistema de vigilancia para proteger a los asentamientos abiertos. Nuestras investigaciones demuestran que los representantes de la cultura Moche tuvieron en primera instancia interés en conseguir el dominio de tierras fértiles y con abundante agua. Los asentamientos moches tanto en Culebras como en Huarney tuvieron carácter aldeano. Con frecuencia

únicamente se conservan cementerios y pueden ser registrados, dado el carácter perecible de la arquitectura residencial. Es significativo que hasta el presente no se ha localizado ni centros administrativos con la infraestructura de depósitos, ni grandes centros ceremoniales, como el de Pañamarca. En su lugar hay probables residencias de gobernadores gallinazo (¿moche temprano?) en Mango y Moche en Quillapampa (Giersz 2007). A partir de estas evidencias Makowski (2009b) sugirió que la frontera sur moche se defendía en base a alianzas selladas por la participación en rituales. Un camino norte-sur unía las colonias agrícolas de avanzada con el centro ceremonial de Pañamarca.

La ocupación huari ha impuesto en el paisaje cultural del valle una marca muy distinta en comparación del dominio moche, lo que implica necesariamente diferencias en la estrategia del poder. Nuestros recientes y aún inéditos hallazgos en el Castillo de Huarmey aportan argumentos a favor de una exitosa conquista de Huarmey y Culebras por parte de los guerreros oriundos del sur. Las evidencias de Culebras sugieren asimismo, a título de hipótesis, que la administración huari haya convertido a este valle en la frontera fortificada durante la fase Molino (700-850 d.C.), quizás preparándose para la conquista del estado Moche.

Al comparar los mapas de asentamientos correspondientes a los periodos anteriores al inicio del Periodo Intermedio Tardío con los mapas de los periodos tardíos saltan a la vista diferencias relevantes. Desde el Horizonte Temprano hasta el fin del Horizonte Medio en la definición de Menzel (1964), la densidad ocupacional es relativamente baja y se limita a áreas particularmente privilegiadas por la abundancia de agua en puquiales activos todo el año, por los suelos y por la buena ubicación respecto al camino norte-sur intervale. El mapa de aldeas y residencias de elite varía posiblemente en relación con los cambios coyunturales en el funcionamiento de puquiales que suelen secarse de manera alterna. Grandes avenidas de agua causadas por fenómenos de El Niño (ENSO por sus siglas en inglés) particularmente fuertes también afectan cíclicamente el mapa de suelos cultivables, hacen variar el recorrido del río y provocan eventualmente la aparición de nuevas fuentes y afloramientos de agua subterránea en la superficie. Es posible que uno de los eventos de esta naturaleza haya debilitado la presencia del estado Moche en el valle durante el siglo VII, facilitando el posterior avance huari.

Recién en la fase Ten Ten los recursos agrícolas y marinos de la cuenca son aprovechados al máximo lo que se desprende, entre otros factores, del aumento en 100 por ciento tanto del número total de sitios registrados como de la extensión de zonas residenciales. ¿Por qué el valle de Culebras fue escogido para fundar a Ten Ten, un gran centro regional, plenamente comparable con El Purgatorio del valle de Casma?

Creemos que esto se debe en primera instancia a las ventajas que ofrece la geomorfología del valle. A diferencia del vecino valle de Huarmey, en Culebras amplias terrazas elevadas colindan con áreas de cultivo y con puquiales; el valle mismo se estrecha en varias partes creando una especie de lugar fuerte natural con los accesos fáciles de controlar. Los extensos campos del valle bajo de Huarmey están cerca, a escasas horas de camino a pie. La estrategia política y militar casma fue aparentemente exitosa. No contamos con evidencias de la presencia política chimú como en el valle de Casma. En todo caso, un eventual episodio de conquista por tiempo breve no ha dejado huellas materiales. Los pobladores de Culebras y de Huarmey han logrado mantener incólume no solo el dominio de los valles sino también su identidad cultural. Lo sugiere la sorprendente popularidad del estilo local de la cerámica utilitaria y ceremonial, el estilo Casma Inciso, que se mantiene vigente hasta el Periodo Transicional, a pesar de que su aspecto arcaico salta a la vista en comparación con finas obras de los alfareros chimúes e incas. Resulta de particular interés constatar que la conquista del valle por el Tawantinsuyu no ha implicado el traslado de alfareros *mitmaquna* y que no se producía localmente imitaciones provinciales de la cerámica de estilo Cuzco Policromo. Esta particularidad guarda probablemente relación con la aparente ausencia de *ushnus*, *canchas* y *kallankas* en los centros administrativos de Ten Ten y de Chacuasjrca. El interés de la administración del imperio se focaliza en el control de recursos agrícolas (Ten Ten) y de la minería y metalurgia (Chacuasjrca).

Como se desprende de estas conclusiones, el valle de Culebras llegó a formar parte sucesivamente de varios mini sistemas-mundos antes de formar parte del Tawantinsuyu. La perspectiva metodológica que hemos adoptado ha sido útil para aportar evidencias novedosas en el debate sobre las características de los estados moches del sur y las razones de su expansión, sobre la cronología y la modalidad de la conquista de la costa norte por parte del hipotético imperio Huari y sobre las fronteras meridionales del reino Chimor.

Referencias citadas

- Andrzejewski, Stanisław
2003 [1954] *Military organization and society*. Routledge Publishers, London - New York.
- Arkush, Elizabeth y Charles Stanish
2005 Interpreting conflict in the ancient Andes. Implications for the Archaeology of warfare. *Current Anthropology* 46(1):3-28.
- Bauer, Brian S.
1992 *The development of the Inca State*. University of Texas Press, Austin.
- Bawden, Garth
1995 The structural paradox: Moche culture as political ideology. *Latin American Antiquity* 6(3):255-273.

- 1996 *The Moche*. Blackwell Publishers, Cambridge-Massachusetts.
- 2004 The Art of Moche Politics. En *Andean Archaeology*, editado por Helaine Silverman, pp. 116-129. Blackwell Publishers, Malden-Oxford-Carlton.
- Bennett, Wendell C.
- 1950 *The Gallinazo Group Virú Valley, Peru*. Yale University Publications in Anthropology Number 43. Yale University Press, New Haven.
- Blanton, Richard y Gary Feinman
- 1984 The Mesoamerican World-System. *American Anthropologist* 86(3):673-692.
- Bourget, Steve y Margaret E. Newman
- 1998 A toast to the ancestors: Ritual warfare and culture. *Baessler Archiv* 70:85-106.
- Brennan, Curtis T.
- 1980 Cerro Arena: Early cultural complexity and nucleation in North Coastal Peru. *Journal of Field Archaeology* 7(1):1-22.
- 1982 Cerro Arena: origins of the urban tradition on the Peruvian North Coast. *Current Anthropology* 23(3):247-254.
- Burger, Richard L.
- 1992 *Chavín and the origins of Andean Civilization*. Thames & Hudson, London.
- Carman, John y Anthony Harding (editores)
- 1999 *Ancient warfare: Archaeological perspectives*. Sutton, Phoenix Mill.
- Carneiro, Robert L.
- 1970 A theory of origin of the state. *Science* 169:733-738.
- Castillo, Luis Jaime
- 2000 La presencia Wari en San José de Moro. *Boletín de Arqueología PUCP* 4:143-179.
- Castillo, Luis Jaime y Ulla Holmquist
- 2000 La ceremonia del sacrificio mochica en el Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera. *Revista de Arqueología* 1(232):54-61.
- Castillo, Luis Jaime y Jeffrey Quilter (editores)
- 2010 *New perspectives on Moche political organization*. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.
- Cecil, Leslie G.
- 2004 Inductively coupled plasma emission spectroscopy and Postclassic Petén slipped pottery: An examination of pottery wares. Social identity and trade. *Archaeometry* 46(3):385-404.
- Chanióti, Ángelos y Pierre Ducrey (editores)
- 2002 *Army and power in the ancient world*. Franz Steiner Verlag, Stuttgart.
- Chase-Dunn, Christopher y Thomas D. Hall
- 1997 *Rise and demise: comparing World - Systems. New perspectives in sociology*. Westview Press, Boulder C.O.
- Chicoine, David
- 2004 *The Moche presence in the Nepeña Valley: a view from Huambacho*. Paper presented at the 69th Annual Meeting of the Society for American Archeology, Montreal.

Childe, Gordon V.

1954 *What happened in History?* Penguins Books, New York.

Cobo, Bernabé

1964 [1653] *Historia del Nuevo Mundo II*. En *Obras del Padre Bernabé Cobo (Estudio preliminar y edición del P. Francisco Mateos)*. Biblioteca de Autores Españoles 92, Madrid.

Collier, Donald

1955 El desarrollo de la civilización en la costa del Perú. En *Las civilizaciones antiguas del Viejo Mundo y de América*, editado por Julian Haynes Steward, pp. 20-28. Simposium sobre las Civilizaciones de Regadío, Unión Panamericana, Washington D.C.

1962 Archaeological investigations in the Casma Valley, Peru. En *Akten des 34 Internationalen Amerikanistenkongresses*, pp. 411-417. Vienna.

Combes, Isabelle y Thierry Saignes

1991 *Alter ego: naissance de l'identité Chiriguano*. Editions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris.

Crown, Patricia L. y Ronald L. Bishop

1994 *Ceramics and ideology: Salado Polychrome pottery*. University of New Mexico Press, Albuquerque.

D'Altroy, Terence N.

1994 *Provincial power in the Inka Empire*. Smithsonian Institution Press, Washington D.C.

2002 *The Incas*. Blackwell Publishers, Oxford.

DeBoer, Warren

1992 Interaction, imitation, and communication as expressed in style: the Ucayali experience. En *The uses of style in archeology*, editado por Margart W. Conkey y Christine A. Hastorf, pp. 82-104. Cambridge University Press, Cambridge.

DeBoer, Warren R. y James A. Moore

1982 The measurement and meaning of stylistic diversity. *Ñawpa Pacha* 20:147-162.

Demarest, Arthur

1981 *Viracocha, the nature and antiquity of the Andean high god*. Monographs of the Peabody Museum No. 6, Cambridge.

Dillehay, Tom y Américo Gordon

1998 La actividad prehispánica de los Incas y su influencia en la Araucanía. En *La frontera del estado Inca*, editado por Tom Dillehay y Patricia Natherly, pp. 215-235. 45 Congreso Internacional de Americanistas, Bogota 1985. British Archaeological Reports International Series No. 442, Oxford.

Donnan, Christopher B.

1975 The thematic approach to Moche iconography. *Journal of Latin American Lore* 1(2):147-162.

1982 Dance in Moche art. *Ñawpa Pacha* 20:97-120.

1997 Deer hunting and combat: Parallel activities in the Moche world. En *The spirit of ancient Peru*, editado por Kathleen Berrin, pp. 51-59. Thames and Hudson, New York.

2009 The Gallinazo illusion. En *Gallinazo. An early cultural tradition on the Peruvian north coast*, editado por Jean-François Millaire y Magali Morlion, pp. 17-32. Cotsen Institute of Archaeology Press, University of California, Los Angeles.

2010 Moche State religion: A unifying force in Moche political organization. En *New perspectives on Moche political organization*, editado por Jeffrey Quilter y Luis J. Castillo, pp. 47-69. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

Donnan, Christopher B. y Carol Mackey

1978 *Ancient burial patterns of the Moche Valley, Peru*. University of Texas Press, Austin.

Donnan, Christopher B. y Donna McClelland

1999 *Moche fineline painting, its evolution and its artists*. Fowler Museum of Cultural History, University of California, Los Angeles.

Edens, Christopher

1992 Dynamics of trade in the Ancient Mesopotamian World System. *American Anthropologist* 94:118-139.

Elera, Carlos

1992 Arquitectura y otras manifestaciones culturales del sitio Formativo del Moro de Étén: Un enfoque preliminar. En *Estudios de arqueología peruana*, editado por Duccio Bonavia, pp. 177-192. Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales, Lima.

Elton, Hugh

1996 *Frontiers of the Roman Empire*. Batsford, London.

Fagan, Brian

1999 *Floods, famines, and emperors: El Niño and the fate of civilizations*. Basic Books, Santa Barbara.

Ford, James A.

1957 Método cuantitativo para determinar la cronología arqueológica. *Divulgaciones Etnológicas* 6:9-44.

Ford, James A. y Gordon R. Willey

1949 Surface survey of the Virú Valley, Peru. *Anthropological papers of the American Museum of Natural History* 43(1):88-89.

Fuchs, Peter

1997 Nuevos datos arqueométricos para la historia de ocupación de Cerro Sechín – Período Lítico al Formativo. En *Archeologica Peruana 2*, editado por Elizabeth Bonnier y Henning Bischof, pp. 145-161. Sociedad Arqueológica Peruano-Alemana, Reiss-Museum, Mannheim.

García-Heras, Manuel, James Blackman, Ramon Fernándezruiz y Ronald L. Bishop

2001 Assessing ceramic compositional data: a comparison of total reflection X-ray fluorescence and instrumental neutron activation analysis on late Iron Age Celtiberian ceramics. *Archaeometry* 43(3):325-347.

Ghezzi, Iván

2006 Religious warfare at Chankillo. En *Andean Archaeology III: north and south*, editado por William H. Isbell y Helaine Silverman, pp. 67-84. Springer, New York.

2007 La naturaleza de la guerra prehispánica temprana: La perspectiva desde Chankillo. *Revista Andina* 44:199-225.

2008a Los primeros tambores de la guerra. En *Señores de los Reinos de la Luna*, editado por Krzysztof Makowski, pp. 39-53. Banco de Crédito del Perú, Lima.

2008b Chankillo. En *Señores de los Reinos de la Luna*, editado por Krzysztof Makowski, pp. 258-261. Banco de Crédito del Perú, Lima.

Giersz, Miłosz

2007 *La frontera sur del estado Moche y el problema de la administración Wari en la costa norcentral del Perú*. Tesis doctoral inédita. Instituto de Arqueología, Universidad de Varsovia, Varsovia.

- Giersz, Miłosz, Krzysztof Makowski y Patrycja Prządka
 2005 *El mundo sobrenatural mochica. Imágenes escultóricas de las deidades antropomorfas en el Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera*. Universidad de Varsovia, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Giersz, Miłosz y Patrycja Prządka
 2008 Cronología cultural y patrones de asentamiento prehispánico en el valle del río Culebras, costa norcentral del Perú. En *Polish Contributions In New World Archaeology, New Series, fasc. 1*, editado por Janusz K. Kozłowski y Jarosław Żrałka, pp. 7-40. Polish Academy of Arts and Sciences, Jagiellonian University, Institute of Archaeology, Krakow.
 2009 Cronología cultural y patrones de asentamiento prehispánico en el valle del río Culebras, costa norcentral del Perú. *Arkeos. Revista Electrónica de Arqueología* 4(11):1-40.
- Glascock, Micheal D., Hector Neff y Kevin J. Vaughn
 2004 Instrumental neutron activation analysis and multivariate statistics for pottery provenance. *Hyperfine Interactions* 154:95-105.
- Haas, Jonathan, Shelia Pozorski y Thomas Pozorski (editores)
 1987 *The origins and development of the Andean state*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Hamblin, William James
 2006 *Warfare in the ancient Near East to 1600 BC: Holy warriors at the dawn of history*. Routledge Publishers, London - New York.
- Hocquenghem, Anne Marie
 1978 Les combats mochicas: Essai d'interpretation d'un material archéologique a l'aide de l'iconologie, de l'ethno-histoire, et de l'ethnologie. *Baessler-Archiv* 26:127-57.
 1987 *Iconografía mochica*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Hyslop, John
 1990 *Inka Settlement Planning*. University of Texas Press, Austin.
- Isbell, William H.
 1988 City and state in the Middle Horizon Huari. En *Peruvian Prehistory. An overview of pre-Inca and Inca society*, editado por Richard W. Keatinge, pp. 164-189. Cambridge University Press, Cambridge.
- Kardulias, Nick y Thomas D. Hall
 2008 Archaeology and world-systems analysis. *World Archaeology* 40:572-583.
- Kepecs, Susan y Philip Kohl
 2003 Conceptualizing macroregional interaction: World-systems theory and the archaeological record. En *The Postclassic Mesoamerican World*, editado por Michael E Smith y Frances F. Berdan, pp. 14-20. University of Utah Press, Salt Lake City.
- Koschmieder, Klaus
 2004 *Siedlungsweise und subsistenzstrategien an der südlichen peripherie des Chimú-imperiums*. Tesis doctoral inédita, Lateinamerikainstitut, Freie Universität Berlín, Berlín.
- Kuznar, Lawrence A.
 1999 The Inca Empire: Detailing the complexities of core/periphery Interactions. En *World-Systems Theory in practice leadership, production, and exchange*, editado por Nick Kardulias, pp. 223-240. Rowman & Littlefield Publishers, Lanham.
- La Lone, Darrel
 1994 An Andean World-System: production transformations under the Inca Empire. En *The*

Economic Anthropology of the State, editado por Elizabeth Brumfiel, pp. 17-41. University Press of America, Lanham.

Larco Hoyle, Rafael

1945 *La cultura Virú*. Sociedad Geográfica Americana, Buenos Aires.

1948 *Cronología arqueológica del norte del Perú*. Sociedad Geográfica Americana, Buenos Aires.

Lattimore, Owen

1940 *Inner Asian Frontiers of China*. American Geographical Society, New York.

1962 *Studies in Frontier History: Collected Papers 1928-1958*. Oxford University Press, London.

Lechtman, Heather

1984 Andean value systems and the development of prehistoric metallurgy. *Technology and Culture* 25(1):1-36.

1996 Cloth and metal: the culture of technology. En *Andean Art at Dumbarton Oaks*, vol. I, editado por Elizabeth Hill Boone, pp. 33-43. Dumbarton Oaks Library and Collection, Washington, D.C.

Leeuw, Sander Ernst van der

1984 Pottery manufacture: some complications for the study of trade. *Monograph* (24):55-69.

Lemmen, Carsten y Kai Wirtz

2003 Simulating world system history. Paper presented at the *World System History and Environmental Change Conference*. 19-22 de Septiembre de 2003, Lund University.

Lightfoot, Kent G. y Antoinette Martínez

1995 Frontiers and Boundaries in Archeological Perspective. *Annual Review of Anthropology* 24:471-492.

Lumbreras, Luis Guillermo

1981 *Arqueología de la América Andina*. Editorial Milla Bartes, Lima.

1986 Childe and the Urban Revolution: The Central Andean experience. En *Studies in the Neolithic and Urban Revolutions: The V. Gordon Childe Colloquium, Mexico 1986*, editado por Linda Manzanilla, pp. 327-344. BAR International Series 349, Oxford.

Mackey, Carol J. y Alexandra M. U. Klymyshyn

1990 The southern frontier of the Chimu Empire. En *The northern dynasties: kingship and statecraft in Chimor*, editado por Michael E. Moseley y Alana Cordy-Collins, pp. 195-226. Trustees for Harvard University, Washington, D.C.

Malpass, Michael

1993 *Provincial Inca: archaeological and ethnohistorical assessment of the impact of the Inca State*. University of Iowa Press, Iowa City.

Makowski, Krzysztof

1994a La figura del oficiante en la iconografía mochica: shamán o sacerdote. En *En el Nombre del Señor. Shamanes, demonios y curanderos del norte del Perú*, editado por Luis Millones y Moisés Lemlij, pp. 52-101. Biblioteca Peruana de Psicoanálisis/Fondo Editorial SIDEA, Lima.

1994b Los señores de Loma Negra. En *Vicús*, editado por Krzysztof Makowski, pp. 83-142. Banco de Crédito del Perú, Lima.

1996 Los seres radiantes, el águila y el búho. La imagen de la divinidad en la cultura Mochica, s. II-VIII d.C., costa norte del Perú. En *Imágenes y mitos. Ensayos sobre las artes figurativas en los Andes Prehispánicos*, editado por Krzysztof Makowski, Iván Amaro y Max Hernández, pp. 13-114. Fondo Editorial SIDEA/ Australis, Lima.

1997 Ritual war. *El Dorado* 13:90-95.

- 1999 Los huacos retratos. Rostros de un pueblo olvidado. *El Dorado* 13:90-95.
- 2001 Ritual y narración en la iconografía Mochica. *Arqueológicas* 25:175-205.
- 2003 La deidad suprema en la iconografía mochica: ¿cómo definirla? En *Moche: hacia el final del milenio. Actas del Segundo Coloquio sobre la cultura Moche*, Tomo I, editado por Santiago Uceda y Elías Mujica, pp. 343-381. Universidad Nacional de Trujillo, Pontificia Universidad Católica, Lima.
- 2005 Deificación frente a ancestralización del gobernante en el Perú prehispánico: Sipán y Paracas. En *Arqueología, geografía a historia. Aportes peruanos en el 50º Congreso de Americanistas, Varsovia – Polonia 2000*, pp. 39-80. Pontificia Universidad Católica del Perú / PromPerú, Lima.
- 2006 Late prehispanic styles and cultures of the Peruvian North Coast: Lambayeque, Chimú, Casma. En *Weaving for the afterlife. Peruvian textiles from the Maiman collection*, Vol. II, editado por Krzysztof Makowski, Alfredo Rosenzweig, María Jesús Jiménez D. y Jan Szemiński, pp. 103-138. AMPAL/MERHAV Group of Companies, Herzliya Pituach.
- 2008a ¿Reyes o curacas? Las particularidades del ejercicio del poder en los Andes prehispánicos. En *Señores de los Reinos de la Luna*, editado por Krzysztof Makowski, pp. 1-12. Banco de Crédito del Perú, Lima.
- 2008b Poder e identidad étnica en el mundo moche. En *Señores de los Reinos de la Luna*, editado por Krzysztof Makowski, pp. 55-76. Banco de Crédito del Perú, Lima.
- 2008c El rey y el sacerdote. En *Señores de los Reinos de la Luna*, editado por Krzysztof Makowski, pp. 77-110. Banco de Crédito del Perú, Lima.
- 2008d Andean Urbanism. En *Handbook of South American Archaeology*, editado por Helaine Silverman y William H. Isbell, pp. 633-657. Springer, New York.
- 2009a Poder y estatus social a fines del Periodo Formativo: los cementerios del valle bajo de Lurín. En *Arqueología del Periodo Formativo en la cuenca baja de Lurín, Valle de Pachacamac*, editado por Richard Burger y Krzysztof Makowski, pp. 209-236. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- 2009b Virú-Moche relations: technological identity, stylistic preferences, and the ethnic identity of ceramic manufacturers and users. En *Gallinazo. An early cultural tradition on the Peruvian north coast*, editado por Jean-François Millaire y Magali Morlion, pp. 33-60. Cotsen Institute of Archaeology Press, University of California, Los Angeles.
- 2010a Religion, ethnic identity and power in the “Moche World”: a view from the frontiers. En *New perspectives on Moche political organization*, editado por Jeffrey Quilter y Luis J. Castillo, pp. 280-305. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.
- 2010b En la cuna de los imperios. En *Señores de los Imperios del Sol*, editado por Krzysztof Makowski, pp. XIX-XXIX. Banco de Crédito del Perú, Lima.
- 2012 Horizontes y cambios lingüísticos en la prehistoria de los Andes centrales. *Boletín de Arqueología PUCP* 14 [2010]:95-122.
- Makowski, Krzysztof y Julio Rucabado
- 2000 Hombres y deidades en la iconografía Recuay. En *Los dioses del Antiguo Perú*, vol. I, editado por Krzysztof Makowski, pp. 199-235. Banco de Crédito del Perú, Lima.
- Makowski, Krzysztof y Milena Vega-Centeno
- 2004 Estilos regionales en la Costa Central en el Horizonte Tardío: una aproximación desde el valle de Lurín. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 33(3):681-714.
- Makowski, Krzysztof, Iván Amaro y Otto Elespuru
- 1994 Historia de una conquista. En: *Vicús*, editado por Krzysztof Makowski, pp. 211-282. Banco de Crédito del Perú, Lima.
- Makowski, Krzysztof, Iván Ghezzi, Héctor Neff, Daniel Guerrero, Milagritos Jiménez, Gabriela Oré y Rosabella Álvarez-Calderón
- 2011 Redes de producción e intercambio en el Horizonte Tardío: caracterización con LA-TOF-ICP-MS e INAA de arcillas y estilos cerámicos de la costa central del Perú. En *II Congreso Latinoamericano de Arqueometría*, editado por Luisa Vetter, Rafael Vega Centeno, Paula

- Olivera y Susana Petrick, pp. 263-276. IPEN / Universidad Nacional de Ingeniería / OEI, Lima.
- McDermott, Bridget
2006 *La guerra en el antiguo Egipto*. Crítica, Barcelona.
- Meggers, Betty y Clifford Evans
1969 *Cómo interpretar el lenguaje de los tiestos*. Manual para arqueólogos. Smithsonian Institution, Washington D.C.
- Menzel, Dorothy
1964 Style and Time in the Middle Horizon. *Ñawpa Pacha* 2(1):1-114.
- Millaire, Jean-François
2009 Gallinazo and the *Tradición Norcosteña*. En *Gallinazo. An early cultural tradition on the Peruvian north coast*, editado por Jean-François Millaire y Magali Morlion, pp. 1-16. Cotsen Institute of Archaeology Press, University of California, Los Angeles.
- Millaire, Jean-François y Magali Morlion (editores)
2009 *Gallinazo. An early cultural tradition on the Peruvian north coast*. Cotsen Institute of Archaeology Press, University of California, Los Angeles.
- Miller, Daniel
1985 *Artefacts as categories: a study of ceramic variability in Central India*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Modelska, George y William R. Thompson
1999 The evolutionary pulse of the World System: hinterland incursions and migrations, 4000 B.C. to A.D. 1500. En *World-Systems Theory in practice leadership, production, and exchange*, editado por Nick Kardulias, pp. 241-247. Rowman & Littlefield Publishers, Lanham.
- Moore, Jerry D. y Carol J. Mackey
2008 The Chimú Empire. En *The Handbook of South American Archaeology*, editado por Helaine Silverman y William H. Isbell, pp. 783-807. Springer Science + Business Media, LLC, New York.
- Moorey, Peter Roger Stuart
1986 The emergence of the light, horse-drawn chariot in the Near-East c. 2000-1500 B.C. *World Archaeology* 18(2):196-215.
- Mujica, Elías
1975 *Excavaciones arqueológicas en Cerro Arena: Un sitio formativo superior en el valle de Moche, Perú*. Tesis de bachillerato inédita. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Murra, John V.
1972 El control de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En *Visita de la Provincia de León de Huánuco (1562)*, Inigo Ortiz de Zúñiga, Visitador, vol. 2, editado por John Murra, pp. 429-476. Universidad Hermilio Valdizán, Huánuco.
- O'Brien, Michael J. y Lee R. Lyman
1999 *Seriation, stratigraphy, and index fossils: the backbone of archaeological dating*. Kluwer Academic / Plenum Publishers, New York.
2000 *Applying evolutionary archaeology: a systematic approach*. Kluwer Academic / Plenum Publishers, New York.

O'Brien, Michael J. y Robert D. Leonard

- 2001 Style and function: an introduction. En *Style and function: conceptual issues in evolutionary archaeology*, editado por Teresa D. Hurt y Gordon F. M. Rakita, pp. 1-24. Bergin & Garvey, Westport-London.

Orton, Clive, Paul Tyers y Alan Vince

- 1993 *Pottery in Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.

Patterson, Thomas C.

- 1986 Ideology. Class formation and resistance to the Inca State. *Critique of Anthropology* 6(1):75-85.
 1987 Tribes, chiefdoms and kingdoms in the Inca Empire. En *Power Relations and State Formation*, editado por Thomas C. Patterson y Christine Gailey, pp. 117-127. American Anthropological Association, Washington D.C.

Pärssinen, Martti y Ari Siiriainen

- 2003 *Andes Orientales y Amazonía Occidental. Ensayos entre la historia y la arqueología de Bolivia, Brasil y Perú*. Producciones CIMA, La Paz.

Peregrine, Peter

- 1999 Legitimation crises in prehistoric worlds. En *World-Systems Theory in practice leadership, production, and exchange*, editado por Nick Kardulias, pp. 37-52. Rowman & Littlefield Publishers, Lanham.

Pozorski, Shelia y Thomas Pozorski

- 1987 *Early settlement and subsistence in the Casma Valley, Peru*. University of Iowa Press, Iowa City.

Proulx, Donald A.

- 1968 *An archaeological survey of the Nepeña Valley, Peru*. Research Report, Number 2. Department of Anthropology, University of Massachusetts, Amherst.
 1973 *Archaeological investigations in the Nepeña Valley, Peru*. Research Report, Number 13. Department of Anthropology, Universidad de Massachusetts, Amherst.
 1982 Territoriality in the Early Intermediate Period: The case of Moche and Recuay. *Ñawpa Pacha* 20:83-96.
 1985 *An analysis of the early cultural sequence of the Nepeña Valley, Peru*. Research Report Number 25. Department of Anthropology, University of Massachusetts, Amherst.

Prządka, Patrycja y Milosz Giersz

- 2003 *Sitios arqueológicos de la zona del valle de Culebras. Vol. I. Valle bajo*. Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos/Misión Arqueológica Andina, Varsovia.

Prządka-Giersz, Patrycja

- 2009 *Patrones de asentamiento y transformaciones sociopolíticas en la costa norcentral del Perú durante los Periodos Tardíos: el caso del valle de Culebras*. Tesis doctoral inédita. Instituto de Arqueología, Universidad de Varsovia, Varsovia.

Quilter, Jeffrey

- 2002 Moche politics, religion and warfare. *Journal of World Prehistory* 16:145-195.

Rice, Prudence M.

- 1987 *Pottery analysis: a sourcebook*. University of Chicago Press, Chicago.

Rice, Rob S., Simon Anglim, Phyllis G. Jestice, Scott M. Rusch y John Serrati

- 2003 *Fighting techniques of the Ancient World (3000 B.C. to 500 A.D.): equipment, combat skills, and tactics*. Thomas Dunne Books, New York.

Riederer, Josef

2004 Thin section microscopy applied to the study of archaeological ceramics. *Hyperfine Interactions* 154:143-158.

Rowe, John Howland

1948 The Kingdom of Chimor. *Acta Americana* 6(1-2):26-59.

1962 Stages and periods in archaeological interpretation. *Southwestern Journal of Anthropology* 18(1):40-54.

1979 An account of the shrines of ancient Cuzco. *Ñawpa Pacha* 17:1-80.

Rye, Owen S.

1981 *Pottery Technology*. Taraxacum, Washington, D. C.

Salomon, Frank

1986 Native lords of Quito in the age of the Incas: The political economy of North-Andean Chiefdoms. Cambridge University Press, New York.

Sarmiento De Gamboa, Pedro

1942 [1572] *Historia de los Incas*. Emecé Editores, Buenos Aires.

Schaedel, Richard P.

1978 The city and the origin of the state in America. En *Urbanization in the Americas from the beginnings to the present*, editado por Richard P. Schaedel, Jorge Enrique Hardoy y Nora Scott Kinzer, pp. 31-49. The Hague, Mouton.

1980 The growth of cities and the origins of complex societies in the New World, and the commonality in processual trends in the urbanization process: urbanization and the redistributive function in the Central Andes. En *Origins of cities and complex societies in the Americas. A brief reader*, editado por Richard P. Schaedel, pp. 1-24. Berlin.

Schjellerup, Inge

1997 *Incas and Spaniards in the Conquest of the Chachapoyas: Archaeological and Ethnohistorical Research in the North-Eastern Andes of Peru*. Series B, Gothenburg Archaeological Theses No. 7. Gothenburg University, Gothenburg.

Schneider, Jane

1977 Was There a Pre-Capitalist World-System? *Journal of Peasant Studies* 6(1):20-29.

Schortman, Edward y Patricia Urban

1999 Thoughts on the periphery: the ideological consequences of core/periphery relations. En *World-Systems Theory in practice: leadership, production, and exchange*, editado por Nick Kardulias, pp. 125-152. Rowman and Littlefield, Lanham.

Schwedt, Alexander y Hans Mommsen

2004 Clay paste mixtures identified by neutron activation analysis in pottery of a Roman workshop in Bonn, Germany. *Journal of Archaeological Science* 31(9):1251-1258.

Shady, Ruth

2003 *La ciudad sagrada de Caral-Supe. Los orígenes de la civilización andina y la formación del Estado prístino en el antiguo Perú*. Instituto Nacional de Cultura, Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe, Lima.

Shimada, Izumi

1994 Los modelos de la organización sociopolítica de la cultura Moche: nuevos datos y perspectiva. En *Moche: Propuestas y perspectivas*, editado por Santiago Uceda y Elías Mujica, pp. 359-387. Universidad Nacional de la Libertad, Instituto Francés de Estudios Andinos, Asociación peruana para el fomento de las ciencias sociales, Lima.

Shimada, Izumi y Adriana Maguiña

- 1994 Nueva visión sobre la cultura Gallinazo y su relación con la cultura Moche. En *Moche: Propuestas y perspectivas*, editado por Santiago Uceda y Elías Mujica, pp. 31-58. Universidad Nacional de la Libertad, Instituto Francés de Estudios Andinos, Asociación peruana para el fomento de las ciencias sociales, Lima.

Smith, Michael E. y Frances F. Berdan

- 2000 The Postclassic Mesoamerican World System. *Current Anthropology* 41:283-286.

Speakman, Robert J. y Hector Neff

- 2005 The application of laser Ablation ICP-MS to the study of archaeological materials: an introduction. En *Laser Ablation ICP-MS in Archaeological Research* 1-14, editado por Robert J. Speakman y Hector Neff. University of New Mexico Press, Albuquerque.

Stanish, Charles

- 1997 Nonmarket imperialism in a Prehispanic context: the Inca occupation of the Titicaca Basin raised field agriculture. *Latin American Antiquity* 8(3):1-18.

Stein, Gil

- 1999 *Rethinking World-Systems: Diasporas, colonies and interaction in Uruk Mesopotamia*. University of Arizona Press, Tucson.

Strong, William D. y Clifford Evans

- 1952 *Cultural stratigraphy in the Viru Valley, Northern Peru: the Formative and Florescent Epoch*. Columbia Studies in Archeology and Ethnology 4. Columbia University Press, New York.

Szemiński, Jan

- 1987 *Un kuraca, un dios y una historia*. Instituto de Ciencias Antropológicas, San Salvador de Jujuy.

Thompson, Donald

- 1961 *Architecture and settlement patterns in the Casma Valley, Peru*. Tesis doctoral inédita, Department of Anthropology, Harvard University, Cambridge.

Topic, John y Teresa Lange Topic

- 1987 The archaeological investigation of Andean militarism: Some cautionary observations. En *The Origins and Development of the Andean State*. Editado por Jonathan Haas, Shelia Pozorski y Thomas Pozorski, pp. 47-55. Cambridge University Press, Cambridge.

- 1997a Hacia una comprensión conceptual de la guerra andina. En *Arqueología, antropología, e historia en los Andes: Homenaje a María Rostworowski*. Editado por Rafael Varón G. y Javier Flores E., pp. 567-90. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

- 1997b La guerra mochica. *Revista Arqueológica Sian* 4:10-12.

Trigger, Bruce

- 1989 *A history of archaeological thought*. Cambridge University Press, Cambridge.

- 2003 *Understanding early civilizations. A comparative study*. Cambridge University Press, Cambridge.

Tschauner, Hartmut y Ursel Wagner

- 2003 Pottery from a Chimú workshop studied by Mössbauer Spectroscopy. *Hyperfine Interactions* 150(1-4):165-186

Uhle, Max

- 1915 Las ruinas de Moche. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 30(3-4):57-71.

Urban, Patricia y Edward Schortman (editores)

- 1992 *Resources, power, and interregional interaction*. Plenum, New York.

Wallerstein, Immanuel

- 1974 *The modern world system*. Academic Press, New York.
 1990 World-Systems analysis: the second phase. *Review* 13(2):287-93.
 1991 The construction of peoplehood: racism, nationalism, ethnicity. En *Race, nation, class*, editado por Étienne Balibar y Immanuel Wallerstein, pp. 71-85. Verso, London.
 1992 The west, capitalism, and the modern World-System. *Review* XV 4:561-619.

Wells, Lisa

- 1990 Holocene history of the El Niño Phenomenon as Recorded in Flood Sediments of Northern Coastal Peru. *Geology* 18:1134-1137.

Wells, Peter S.

- 1999 Production within and beyond imperial boundaries: goods, exchange, and power in Roman Europe. En *World-Systems theory in practice: leadership, production, and exchange*, editado por Nick Kardulias, pp. 85-102. Rowman and Littlefield, Lanham.

Willey, Gordon Randolph

- 1953 *Prehistoric settlement patterns in the Viru Valley, Peru*. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 155, Washington, D.C.

Williams Eduardo y Phil Weigand

- 2004 Introducción. En *Bienes estratégicos del antiguo occidente de México*, editado por Eduardo Williams, pp. 13-32. El Colegio de Michoacán, Secretaría de Cultura de Jalisco, México D.F.

Wilson, David J.

- 1988 *Prehispanic settlement patterns in the lower Santa Valley, Peru. A regional perspective on the origins and development of complex North Coast society*. Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.
 1995 Prehispanic settlement patterns in the Casma Valley, north coast of Peru: preliminary results to date. *Journal of the Steward Anthropological Society* 23(1-2):189-227.

Wolf, Eric R.

- 1982 *Europe and the people without history*. University of California Press, Berkeley.

Zighelboim, Ari

- 1995 Mountain scenes of human sacrifice in Moche ceramic iconography. *Journal of the Steward Anthropological Society* 23(1-2):153-188.

Ziólkowski, Mariusz S.

- 1997 *La guerra de los Wawqis: los objetivos y los mecanismos de la rivalidad dentro de la élite inca, siglos XV-XVI*. Abya-Yala, Quito.

Zuidema, Tom

- 1964 *The Ceque System of Cuzco, the social organization of the capital of the Incas*. Brill, Leiden.